

*El Zapato
de Oro*



María Parra

El zapato de oro

“Una hilarante versión de La cenicienta”

I

Esta historia comienza hace muchos, muchísimos años en un próspero y pacífico reino; más concretamente en una deslumbrante mansión rodeada por un bello jardín.

Allí vivía un noble caballero junto a su joven hija, cuya madre había fallecido hacia unos años. Desde entonces la pequeña Isabella, dotada de una desbordante energía, había contado por único compañero de juegos a su gatito negro.

Un día, meditando acerca de su actual situación, el padre decidió que no podían continuar así. Su hija necesitaba los cuidados de una madre. Además, merecía disfrutar de la compañía de unas hermanas.

Por ello, el noble señor marchó de viaje para buscar, entre las damas de la nobleza del reino, a la mujer capaz de llevar su hogar y educar a su hija.

Al cabo de unos meses escogió a una viuda, madre ya de dos hermosas y gentiles chiquillas de edades muy similares a la de Isabella.

Se celebró con presteza la boda, sin ostentaciones ni algarabías, como correspondía al ser unas segundas nupcias. Tras el enlace, el padre de Isabella envió una misiva a la mansión con el fin de informar de la feliz noticia y el pronto regreso con su nueva madre y hermanas.

Y llegó el día en cuestión.

Isabella se encontraba en las cocinas, ocupada en ayudar en la preparación de la comida, cuando uno de los mozos irrumpió en la estancia anunciando a voz en grito la llegada del amo.

Desde el jardín se divisaba un carruaje aproximarse.

—¡¡Que alegría!! ¡¡Papá ya viene con mi nueva mamá y mis hermanitas!! —exclamó la chiquilla henchida de alborozo al oír la ansiada nueva.

Tan contenta estaba que al ir a quitarse el delantal, que protegía su vestido de posibles manchas, olvidó soltar la larga cuchara de madera con la que instantes antes removía el guiso. Sucedió entonces que, al girarse con un impetuoso movimiento, tiró la cazuela al suelo. Por fortuna, gracias a estar hecha de resistente cobre no se hizo añicos. En cambio, su contenido no corrió la misma suerte y se desparramó por completo. La cuchara escapó de su mano y fue a aterrizar sobre la cabeza de una de las pinches. Sobresaltada, la jovencita lanzó una exclamación de dolor mientras se llevaba las manos a la zona magullada.

Tan entusiasmada se encontraba Isabella con la llegada de su nueva familia, que ni cuenta se dio del desastre organizado. Salió disparada de la cocina tirando el delantal al aire tras ella que voló y voló hasta posarse en el suelo, justo delante del sirviente portador de la noticia justo en el preciso instante en que se disponía a ayudar a varias sirvientas. Apresuradas querían limpiar el estropicio; ¿qué diría la nueva señora si se topaba con semejante desaguisado al llegar a su nuevo hogar?

Y, sin darse cuenta, el hombre pisó el delantal. Entonces, el tejido resbaló sobre las losetas de piedra haciéndole patinar. Sorprendido, trastabilló y trató de recuperar el equilibrio mientras se esforzó por frenar su patinazo. Pero no lo logró e instantes después cayó de culo justo sobre los restos del aún humeante guiso.

Cuando Isabella cruzaba el umbral de la mansión se oyeron los alaridos del pobre mozo;

acababa de abrasarse el trasero además de hacerse polvo la espalda. Sin embargo, la muchacha ni se dio cuenta. Tal era su emoción que ni veía, ni oía. Tan sólo pensaba en su nueva madre y hermanas.

—Que el cielo proteja a nuestra nueva señora —rezó suplicante la cocinera elevando los ojos al techo tras observar el panorama que presentaba su cocina—. Le va a hacer mucha falta con esta niña —añadió y dejó escapar un suspiro de alivio.

Aunque en semejante situación pareciera extraño tal sentimiento, lo cierto era que la fornida mujer prefería mil veces ver su cocina vuelta del revés y libre de la presencia de Isabella, que ordenada pero con ella entrometiéndose en todo.

Haciendo honor a su respetable oficio no soportaba las intromisiones en sus dominios y sus dominios eran las cocinas de aquella mansión, aun si la intrusa era una dulce y amable jovencita siempre deseosa de ayudar al prójimo; incluso cuando el prójimo no se lo pedía ni la necesitaba para nada. Y en opinión de la curtida cocinera, Isabella era una segura invitación al desastre. Con ella cerca nunca podía estar tranquila. Siempre con el corazón encogido preguntándose que nueva calamidad caería sobre su querida cocina.

Entretanto, con aún más entusiasmo, Isabella proseguía su carrera por el jardín directa hacia el carruaje. Justo acababa de parar a la entrada de la propiedad.

—¡Papá, querido papá! —exclamaba a voces mientras el caballero, su nueva esposa y las dos muchachas descendían del transporte.

En su carrera agitaba los brazos saludando a su familia como si sus gritos no fueran suficiente llamada de atención y en uno de esos movimientos, golpeó un rastrillo medio apoyado a la carretilla del jardinero.

Éste, como todos los días, se hallaba ocupado con sus rosales, prímulas, gladiolos y demás plantas que componían el delicado jardín. Pero, claro está, para tener un hermoso jardín es necesario trabajar duro y dedicarle muchas horas. Por ello, al viejo empleado de la familia que no era muy dado al trato humano y poco le importaba si el amo estaba en casa o fuera o si llegaban visitas o nuevos miembros a la familia siempre y cuando no pisaran sus parterres, estaba concentrado en sus cosas sin prestar atención a nada que no tuviera raíces hundidas en la tierra. En tanto, sus utensilios se hallaban dispersos por la zona a la espera de ser usados.

Del mismo modo, sin prestar atención a la briosa y ruidosa carrera de la chiquilla, se encontraba Lucifer; el minino de la casa. Pese a tan sobrecogedor nombre era un gato de lo más tranquilo. Y aún así, el nombre resultaba de lo más acertado.

Por lo general, el felino gustaba de pasar el día dormido, tirado en cualquier lado. La mayoría de las veces en los lugares más insospechados o inoportunos. En cambio, si tenía un día inusualmente activo, medio dormitaba mientras observaba trabajar a alguno de los sirvientes de la mansión. Sin embargo, a la caída del sol, como les suele pasar a muchos de sus congéneres, se transformaba en un animal activo y se dedicaba a pasear a sus anchas por la vivienda mientras todos descansaban.

Así, cuando alguno de los sirvientes o un miembro de la familia se levantaba de noche, porque habían olvidado cerrar una ventana o querían tomarse un vaso de leche con el fin de espantar el insomnio, y avanzaban en la penumbra de los silenciosos pasillos portando por única iluminación una vela con su correspondiente débil llamita y de pronto, entre las fantasmagóricas sombras proyectadas por la llama unidas a las producidas por su propia imaginación, se topaban con unos ojos brillantes como brasas salidas de los infiernos, daban un brinco con el corazón palpitando a mil por hora y proferían siempre idéntica exclamación:

—¡¡Por Lucifer!!

Con lo cual no podía haber mejor nombre para él.

Ese día Lucifer estaba tumbado sobre la blanda hierba, sintiendo como los rayos del dorado astro acariciaban su pelaje de ébano. Con los ojos convertidos en apenas unas ranuras ambarinas observaba cautivado como el jardinero se afanaba en sus labores, al tiempo que luchaba contra la agradable modorra que le invitaba al reino de los sueños.

En tanto el minino lidiaba su particular batalla entre dormir o mantenerse despierto, el rastrillo golpeado por Isabella salió volando. Giró sobre sí mismo y el palo chocó con el otro lado de la carretilla lo cual impulso el rastrillo haciéndolo volar más alto. Sin que nadie observara la escena, hizo un nada desdeñable vuelo por el cielo. Sobre todo para ser un rastrillo carente de alas. Pero el aterrizaje no parecía ser el punto fuerte del utensilio de jardinería y aterrizó con estrépito, por la parte puntiaguda, muy cerca de Lucifer. Tan cerca que casi le ensarta la cola.

Se despertó de lo más sobresaltado y con un verdadero susto de muerte, salió volando. Los gatos a pesar de igualmente carecer de alas, pueden volar muchísimo más alto que los rastrillos de jardinero; sobre todo cuando se asustan. Aunque en aterrizajes son tan inexpertos como los útiles de jardinería. Eso sí, tienen unas afiladas garras con las que aferrarse a lo primero que pillen. Y lo primero con lo que se topó Lucifer en su descenso, convirtiéndose en su improvisada pista de aterrizaje, no fue otra cosa que la cara de Druzilla; una de las nuevas hermanastras de Isabella.

Al notar como aquella cosa peluda y negra, salida de la nada, la arañaba y mordía aferrándose a ella como una lapa, la pobre muchacha pegó un tremendo alarido mientras forcejeaba, desesperada por liberarse.

Anastasia, la otra hermanastra de Isabella, fue en su auxilio. Luchó por apartar a Lucifer. Pero cuanto más notaba que tiraban de él más se asustaba y con más fuerza clavaba uñas y dientes. Además, los gritos de ambas jovencitas, la una por el sufrimiento y la otra rogando socorro, no ayudaban mucho precisamente a que el minino se sosegara.

La madre de las chicas, muda de estupor, observaba tan rocambolesca escena. Entretanto, su esposo notaba como un sudor frío comenzaba a correrle por la frente.

A todo esto, Isabella, sin enterarse de nada a pesar de estar por completo en su campo de visión, proseguía su particular maratón.

Cuando apenas le quedaban unos metros para llegar hasta su nueva madre tropezó con su propio vestido, perdió el equilibrio y cayó hacia delante. Luego, rodó como una pelota la distancia restante hasta su familia para finalmente acabar espatarrada, sentada de culo y con las piernas abiertas justo frente su madrastra.

—¡¡Mamita!! —exclamó jubilosa.

Se abrazó a la cintura de la mujer, en su actual posición era lo más alto que llegaba, mientras ignoraba las vueltas que daba su cabeza.

La noble dama se quedó de piedra y miró a la joven con el asombro grabado en el rostro. Luego dirigió la mirada a su nuevo esposo.

—Querida, te presento a mi hijita —musitó el caballero tras un nervioso carraspeo con una sonrisa forzada. Sudaba a mares.

Su esposa no dijo palabra pero su cara lo decía todo.

Señor, ¿Dónde me he metido?

El padre de Isabella albergaba la esperanza de que la incorporación de las tres féminas a sus vidas, lograra apaciguar el impulsivo carácter de la chiquilla.

La noble señora, con el apoyo de sus hijas, puso todo su empeño en lograr sosegar a su hijastra. Intentó aficionarla a la costura y el bordado, actividades propias de damas educadas, que ayudaba a templar el carácter dotando de mayor paciencia a las doncellas. Sin embargo, todo fue en balde y pronto comprendieron que no tenía remedio.

Finalmente la familia asumió que la jovencita, a pesar de carecer de malicia alguna, era una verdadera fuerza de la naturaleza. Un desastre natural de proporciones devastadoras semejante a los tornados, terremotos, monzones o a la caída de meteoritos. Eventos de inevitable destrucción, los cuales era mejor que no te pillaran de por medio.

Por ello, los habitantes de la mansión, resignados, hicieron lo único posible; apartarse cuanto pudieron del camino de Isabella e intentar no salir heridos cuando estaba cerca.

De este modo, fueron pasando los años.

II

Algún tiempo después en otro lugar del reino, concretamente en el palacio real, el monarca compartía sus penas con su mayordomo.

—¡Ay! ¡Qué desgracia! —gemía con el patetismo propio de la gente de alcurnia que, en realidad, no tienen ni idea de lo qué es pasarlo mal.

—Pero, ¿por qué? —se interesó su acompañante—. Vuestra Majestad posee el más grandioso de todos los palacios. Reina sobre un país siempre en paz y el príncipe... bueno... —carraspeó y comenzó a ponerse nervioso—, bueno, es... —siguió y volvió a atascarse sin saber cómo proseguir.

—¡Sí, el príncipe! ¡Mi hijo es la causa de mi tristeza! —declaró el rey—. No sé qué puedo hacer con ese chico. No hay modo de llevarle a ningún sitio —se lamentó—. Siempre me avergüenza a donde quiera que vayamos y la situación es igual de terrible si recibimos visitas.

—No es culpa del muchacho... —intervino el mayordomo intentando ejercer como defensor del príncipe.

—¡Ah! ¿Entonces insinúas que la culpa es mía? —cortó el monarca, frunció el ceño y en sólo un segundo su pena se trasformó en enfado.

—No pretendía decir tal cosa —se apresuró a clarificar el hombre—, es sólo que si el príncipe pudiera usar las gafas, tal vez...

—¡¿Esas horribles gafas?!! —tronó el rey volviendo a interrumpir. Su enfado se tornó en furia—. Se ve ridículo con esos cristales pegados a los ojos. Esas gafas son tan gruesas que si las tiraras desde lo más alto de la torre más alta de palacio, no les saldría ni un arañazo —afirmó—. Lo puedo certificar pues lo he probado —confesó instantes después en un tono ligeramente más bajo—. Además, con ellas parece un búho —prosiguió irritado—. No es propio de un príncipe usar gafas. Los príncipes deben ser apuestos y carecer de defectos —declaró. Intentaba justificar la decisión que había impedido poner solución a los severos problemas de miopía padecidos por el heredero del trono desde la infancia—. Si le dejo usarlas en público será el hazmerreír de todo nuestro pueblo y de la realeza de los reinos colindantes. Seríamos la comidilla. ¡Pues no se iban a reír ni nada haciendo chistes a nuestra costa! Encima jamás conseguiría novia y yo no lograría tener los nietecitos que tanto ansío —volvió a lamentar retornando de vuelta a su inicial patetismo.

—Bueno, no es que ahora tenga muchas más posibilidades —apuntó el mayordomo.

La mirada fulminante de su señor le indicó, por prudencia, no decir nada más. Prefería mantener su empleo.

—¡Si la cosa sigue así moriré sin tener nietos! —lloriqueó el rey tras un breve silencio.

—Comprendo vuestra inquietud —intervino el mayordomo tranquilizador. Su señor esperaba consuelo—. ¡Pero todo tiene solución, Majestad! Dejadlo en mis manos —pidió.

Parte de su trabajo era romperse la cabeza para resolver los problemas del monarca.

—¡Eso espero! —respondió mientras se enjugaba las lágrimas—. Pero sin gafas de por medio —apostilló después dirigiéndole una autoritaria mirada.

—Por supuesto —corrió a aceptar el mayordomo sin tener idea de cómo lograría encontrarle

novia al príncipe, corto de vista, sin que nadie notara dicho defecto y sin producirse ningún incidente... llamativo.

Esta vez habría de esforzarse al máximo para complacer a su señor y al tiempo mantener bien oculto el gran secreto de palacio.

III

De vuelta en la mansión del noble padre de Isabella, una mañana, tan temprano que ni el gallo se había levantado, la muchacha con su habitual energía ascendía la escalera rumbo al primer piso donde se hallaban los dormitorios de la familia. Portaba tres bandejas con los desayunos de sus padres y hermanastras.

No es que su madrastra la tuviera bajo su tiránico dominio y la obligara a trabajar como si fuera una mísera sirvienta en su propia casa; ni mucho menos. Pero por no esperar a que el mayordomo fuera a abrir la puerta, iba ella. Por no esperar a que la doncella fuera a ayudarla a vestirse, lo hacía ella. Por no esperar a que le llevaran el desayuno, se lo preparaba ella. Y así todo. La impaciencia de Isabella era tan enorme como su ímpetu y su determinación aún mayor.

Como se levantaba horas antes de que la servidumbre comenzara a restregarse las lagañas, pues ella se hacía el desayuno. Y ya puesta, lo preparaba también para la familia. Y por no esperar a que las sirvientas salieran de su cálido lecho para llevarlo a sus destinatarios, pues nada le costaba hacerlo a ella. Y por no realizar varios viajes subiendo y bajando escaleras, pues cargaba con las tres bandejas a un tiempo.

Esto último no era cosa fácil. Ponía una bandeja sobre su cabeza y las otras dos, una en cada mano casi como si fuera una equilibrista. No obstante, efectuaba esa maniobra todas las mañanas con una despreocupación pasmosa.

Mientras subía los peldaños, las tazas y platos ejecutaban un temerario vals sobre cada bandeja dando vueltas sin cesar. Se bamboleaban de un extremo al otro, fruto de los bandazos producidos al caminar con aquellas zancadas tan vigorosas.

El contenido de las tazas, como si fueran diminutos mares azotados por una tempestad, se agitaban con violencia desbordándose. Al alcanzar su destino, tanto la madrastra como sus hermanastras se encontraban invariablemente con la taza de té mediada y rodeada por un charco del líquido cubriendo el plato. Por su parte, las cucharillas repiqueteaban al chocar nerviosamente contra la porcelana tal si fueran las encargadas de poner música al baile de la vajilla. En cambio, algunos azucarillos saltaban del azucarero como si ellos prefirieran escapar de la fiesta mañanera. Luego, rodaban por las bandejas hasta caer a las escaleras dejando tras ellos un rastro de azúcar.

Al llegar a lo alto de la escalera Isabella, con una nueva zancada, pasó por encima de Lucifer sin notar su presencia. Estirado cuan largo era, dormía tan tranquilo su primer sueño de la mañana justo al borde de las escaleras.

Tres zancadas más le bastaron para alcanzar la alcoba de su hermanastra Druzilla. Como tenía las manos ocupadas, llamó a la puerta con un pie. Propinó un par de patadas a una de las hojas con tal fuerza que, a pesar de ser de robusta madera de roble, la hizo temblar.

Su hermanastra dio un bote en la cama y el corazón se le subió a la garganta. Todas las mañanas le pasaba lo mismo. Pues todas las mañanas Isabella la despertaba de aquel modo tan sumamente desagradable.

—¡Ya voy! —masculló Druzilla medio dormida mientras abandonaba las sábanas calientes.

Se puso una bata y se arrastró hasta la puerta. ¡Cuánto había deseado que su voluntariosa hermana no fuera tan madrugadora!

En repetidas ocasiones, ambas hermanastras al ver por completo innecesario el empezar la jornada a las seis de la mañana, habían intentado convencer a Isabella de que no las llamara a semejantes horas. Los sirvientes, a una hora decente, podían subirles el desayuno. Pero Isabella, siempre con una dulce sonrisa dibujada en los labios, no hacía el menor caso. Por un oído le entraba y por el otro le salía.

Cuando la somnolienta muchacha abrió la puerta su hermana la recibió con su habitual alegría, lo cual resultaba especialmente irritante al comenzar el día, mientras le tendía la bandeja con el desayuno.

Justo cuando Druzilla iba a tomarla sonó la campanilla de la puerta principal.

—Qué raro. ¿Quién será? —saltó Isabella—. ¡Anda, hermanita, encárgate de llevar los desayunos a Anastasia y a papá y mamá, que yo voy a ver! —exclamó, muerta de curiosidad.

Volviendo a entrarle las prisas, dejó caer la bandeja para Druzilla en sus manos.

Ésta la tomó sorprendida, lo cual provocó un nuevo baile de la vajilla. Unos instantes después Isabella le lanzó la siguiente bandeja.

Al ver como se le venía encima, a Druzilla sólo se le ocurrió intentar dejar la primera bandeja en el suelo para agarrar la segunda. Pero se dio cuenta de que no le iba a dar tiempo y soltó la primera en un intento desesperado de salvar la segunda. Ya fuera porque no tenía buenos reflejos o por estar aún algo somnolienta, no logró cogerla y ni llegó a rozar la tercera que le vino encima tras unos segundos. Con lo cual, la tercera bandeja chocó con la segunda y su contenido se volcó sobre ella. El té decoró su bata con una gran mancha parduzca y la tostada untada en mantequilla se quedó pegada a las puntillas de encaje blanco de la prenda que de inmediato dejaron de ser blancas.

La segunda bandeja con todo su contenido, se precipitó sobre la primera que ya se había dado un buen mamporro al caer al suelo. En ésta la vajilla había quedado intacta. Tan sólo se habían volcado las piezas, pero duraron muy poco indemnes. En cuanto se estrelló la segunda bandeja con sus tazas, platos y demás enseres, todas las piezas se resquebrajaron con el impacto. Cuando se precipitó la tercera bandeja, con su correspondiente contenido, las grietas se abrieron todavía más y en un estrepitoso choque toda la vajilla se hizo añicos.

Con los ojos desorbitados, Druzilla contempló horrorizada aquel montón de trocitos de porcelana y comida entremezclados con las bandejas de plata yaciendo ante ella.

—Oh, señor —murmuró abatida deseosa de no haberse levantado a abrir la puerta.

Después, alzó la vista hacia su hermanastra. Isabella ya le daba la espalda y marchaba por el pasillo sin enterarse del nuevo destrozo que acababa de provocar.

Cuando alcanzó las escaleras, una vez más, no se fijó en la presencia del durmiente Lucifer. En esta ocasión, lo pisoteó en su descenso como si fuera parte de los peldaños.

El gato despertó de súbito al sentir un penetrante dolor en las tripas y en cuanto se vio libre del pie de Isabella, sin comprender qué había pasado, instintivamente entró en pánico. Entre maullidos, que pondrían los pelos de punta al más valiente, dio un brinco y voló por los aires.

Una vez más, demostró que a pesar de no ser un animal alado aquello de surcar los cielos no se le daba mal del todo y ejecutó una trayectoria curva de varios metros. Entonces, como si el destino, los dioses y el universo al completo se hubieran confabulado para unir a Lucifer y Druzilla del modo más doloroso posible, volvió a aterrizar en la cara de la joven.

Entretanto, Isabella alcanzaba el piso inferior.

Abrió la puerta y se encontró frente a un emisario real. Ese día debía llamar a la puerta de todas las casas nobles del reino, de ahí el comenzar su misión tan temprano. También por ello, no

podía permitirse perder tiempo y justo volvía a tocar, impaciente, la campanilla cuando le abrieron.

—¡Buenos días, señor! —saludó Isabella algo desconcertada—. ¿En qué puedo servirle?

—Toma esta carta y llévasela de inmediato a tu ama —le ordenó tomándola por una sirvienta.

Las señoritas de buena familia no se molestan en abrir las puertas ellas mismas y mucho menos a horas tan intempestivas, de modo que era bastante excusable la confusión. Aún así, el mensajero empleaba un tono algo altanero y mal educado que no debía usarse con una persona, fuera o no del servicio.

—Es de parte del rey —añadió con expresión urgente.

En realidad era de parte del mayordomo real. Muchas veces firmaba por el monarca, por supuesto con su consentimiento, para evitarle trabajo. Aunque eso sólo lo sabían ellos dos.

—¡De parte del rey! —exclamó Isabella emocionada—. Pero... ¿de qué trata? —interrogó llena de ansiedad.

—De algo —replicó el mensajero con mayor grosería— que no tiene nada que ver con vulgares sirvientas... Por cierto, ¿qué son esos extraños ruidos?

A pesar de sus prisas, no pudo dejar de notar unos chirridos inquietantes. Incluso metió un poco la cabeza, para poder observar mejor el interior de la vivienda, en busca de su origen.

—Ah, debe ser una de mis hermanitas jugando con nuestro gato —respondió Isabella sin dar la menor importancia a los alaridos procedentes del piso de arriba.

—Bueno... —siguió el hombre algo confuso. No podía pararse a pensar en qué clase de juegos podrían provocar tan perturbadores sonidos— no tengo tiempo para charlas. Toma esta carta y haz lo que te mando.

Dicho esto, giró sobre sus talones y se marchó para proseguir con su cometido sin siquiera despedirse o dedicarle un cortés: ¡Que tenga un buen día!

Mientras tanto, en el primer piso, Druzilla pugnaba por librarse del aterrado Lucifer entre gritos de dolor superados en volumen por los maullidos del felino.

Como no podía ver, la muchacha avanzaba a tientas por el pasillo en tanto rogaba socorro.

Nada más comenzar su desesperado avance, estuvo a punto de estrellarse contra el suelo al chocar con los restos del desayuno familiar. Salvó el obstáculo de puro milagro. Pero su escasa suerte se agotó al llegar a las escaleras que, como podréis imaginar, tampoco podía ver. Y así, en un instante, al dar un paso en falso, Druzilla y Lucifer rodaron escaleras abajo entre una amalgama de chillidos y maullidos.

Ajena a todo, Isabella cerró la puerta principal. Cuando se giró, contemplaba tan entusiasmada aquella misiva cuyo contenido debía de ser muy importante, que apenas percibió la bola humana y gatuna dirigirse rodando hacia ella a gran velocidad.

Finalmente la caída se detuvo justo frente a ella. Druzilla quedó tendida boca arriba sobre la alfombra. En ese momento, Lucifer se soltó y echó a correr como alma que lleva el diablo (nunca mejor dicho), hasta desaparecer por el pasillo que conducía a las cocinas.

—Al fin —suspiró la muchacha con un hilo de voz al verse libre del enloquecido felino.

—¡Hermanita, ha llegado una carta del rey! —anunció por su parte Isabella.

Agitaba el sobre cerrado frente a ella dando saltitos. No mostró ningún rastro de sorpresa por encontrarla tirada en el suelo con la bata manchada, el pelo enmarañado y cubierto con el azúcar que había quedado desparramado por las escaleras al subir los desayunos, y con el rostro lleno de enrojecidos arañazos.

Entonces los demás miembros de la familia que se levantaron alarmados por los alaridos,

aparecieron al pie de la escalera y observaron con incredulidad la escena. A pesar de las constantes calamidades que se producían en aquella casa, las consecuencias del paso de Isabella siempre lograba sorprenderles.

—¡Papá, mamá! ¡Ha llegado un mensaje de palacio! —exclamó ahora la siempre vivaz jovencita agitando otra vez la carta.

Saltó por encima de su hermanastra y subió de nuevo la escalera para entregarles el misterioso sobre.

Druzilla permaneció despatarrada en el suelo. Molida por los golpes y arañazos, con sus últimas fuerzas, gemía por lo bajo porque alguien la ayudara a levantarse.

La carta resultó ser una invitación. En la cual se desvelaba el plan trazado por el mayordomo real, con la esperanza de contentar al monarca.

En ella se notificaba la celebración de unos grandes festejos en palacio que durarían tres días, o mejor dicho, tres noches. A cuyo evento eran invitadas todas las doncellas de alcurnia del país.

Así, con un plan bastante temerario pues el príncipe estaría rodeado de gente, el mayordomo esperaba encontrarle una esposa al joven heredero para que el rey pudiera cumplir su deseo de tener nietos y a él le dejara en paz de una vez.

Durante la celebración, el mayordomo estaría siempre junto al príncipe para servirle de lazarillo sin que nadie lo notara. De paso, podría valorar por el miope heredero a las posibles candidatas, pues para el muchacho las caras de todas las personas eran tan sólo borrones, y aconsejarle sobre cuál podría ser la perfecta esposa.

Isabella recibió aquella nueva con notable exaltación y su padre con considerable esperanza. No estaría nada mal ver a su hijita desposada con el príncipe del reino, pensó.

Y no tanto por el modo en que tal hecho elevaría la posición de la familia hasta la cúspide de la sociedad, sino más bien porque ello significaría que la muchacha emprendería una nueva vida lejos de la mansión y ellos al fin podrían vivir sin temer cualquier desastre aguardándoles a la vuelta de la esquina. Con lo cual animó gustoso a la muchacha a asistir.

Sin embargo, su esposa pronto llamó la atención al caballero para hacerle cambiar de parecer.

—Querido, no veo prudente que Isabella asista a esos bailes en palacio —le hizo notar manteniendo una charla privada.

No quería que la muchacha les oyera.

—Pero si se casara con el heredero... —comenzó a replicar su esposo.

—Ya sé en qué piensas y sería maravilloso —interrumpió ella imaginándose como éste ya veía a su hija desposada y convertida en princesa del reino—. Pero piensa en cómo es nuestra hija y en qué pasaría si mientras está en los festejos acaeciera uno de esos... accidentes tan habituales en nuestro hogar —siguió tras una breve pausa.

Intentaba exponer la realidad con delicadeza.

Entonces, el hombre se puso tenso al imaginar la posible escena. Isabella y las calamitosas fuerzas que parecían acompañarla fielmente, podían provocar una verdadera hecatombe en un lugar tan grande repleto de personalidades. ¿Y si el heredero del país acababa como la pobre Druzilla al ir a saludarla? Luego, su ensoñación continuó viendo como era desposeído de sus pertenencias por un furibundo monarca, acusado de atentar contra la corona. Y tornándose la ensoñación en verdadera pesadilla, vio a toda la familia residiendo en los calabozos por culpa del incidente.

—Tienes toda la razón, querida —concedió al regresar a la realidad dando un respingo.

Por su parte, Anastasia y Druzilla, como su hermanastra, se entusiasmaron con la nueva. La última mucho más en cuanto se encontró repuesta de su aparatoso accidente.

Si una de ellas gustaba al príncipe y le pedía en matrimonio, la otra podría ser reclamada por su hermana como dama de compañía. Si este milagro sucedía, las dos marcharían al palacio real para no volver jamás, escapando al fin de aquella casa demasiado peligrosa para su gusto.

En esta misma posibilidad pensó su madre que sin desear mal alguno a su hijastra, no por ello dejaba de querer lo mejor para sus dos hijas. Ellas no tenían culpa alguna de que se hubiera desposado con un hombre con semejante hija.

El primer baile sería aquella misma noche y la mansión pronto se convirtió en un completo revuelo. Anastasia y Druzilla debían prepararse para el evento. Había de seleccionar los mejores vestidos, escoger el peinado, los complementos, los zapatos y un sinfín de detalles.

El caballero agobiado por ese ambiente de sedas, perfumes y grititos, se escurrió hasta su despacho dejando a las féminas seguir con sus disposiciones.

Isabella también quería preparar su atuendo para el baile y al tiempo ansiaba colaborar en los preparativos para sus hermanas. Estaba convencida de que su ayuda resultaría vital, aun habiendo varias sirvientas que podían ocuparse de todo.

De modo que la madrastra usó este deseo en su favor, aunque pudiera provocar algunas incomodidades a sus otras dos hijas.

No podía prohibir a la jovencita asistir a los festejos y pedírsele con amabilidad de poco hubiera servido con aquella conveniente sordera que parecía demostrar cuando le pedían que no hiciera algo. Pero a la vez, por el bien de todos, debía tomar medidas para frustrar su asistencia.

Así pues, la animó a ayudar a Druzilla y Anastasia mientras ellas le suplicaban todo lo contrario. Se sentían temerosas de lo que podría suceder si la dejaban al alcance de sus vestidos o su pelo.

—Es por vuestro bien —susurró pidiéndoles un poco de paciencia.

Durante casi todo el día, jovial como un pajarillo, Isabella se afanó en perseguir a sus queridas hermanastras supuestamente ayudándolas.

Cuando ya faltaba poco para marchar a palacio y sólo restaba terminar de vestirse, ambas hermanas consiguieron persuadir a la muchacha de ir a las cocinas a ayudar con la preparación de la comida del día siguiente. Le insistieron en que las lentejas no estarían ricas si ella no intervenía en la elaboración y así pudieron al fin respirar tranquilas.

—Muy bien, lo hago sólo por complaceros —accedió contenta de que apreciaran sus habilidades culinarias—, pero en cuanto estéis vestidas debéis bajar a la cocina. Quiero veros listas antes de ir yo a prepararme —les hizo prometer todavía convencida de que asistiría al baile a pesar de no haber tenido tiempo de arreglarse.

Druzilla y Anastasia aceptaron a regañadientes. Conociéndola como la conocían, no parecía muy sensato estar con ella en una cocina donde había fuego, cuchillos y sobre todo comida preparándose capaz de manchar sus hermosos vestidos.

Al cabo de un buen rato, las chicas listas del todo y con sus mejores galas descendieron a las cocinas acompañadas por su madre, también dispuesta para marchar a palacio. Por descontado, unas jovencitas de buena familia no podían ir a ningún lado, y menos a un baile, sin la adecuada compañía de sus padres.

—¡Que guapas estáis las tres! —exclamó Isabella admirada al verlas aparecer.

Su madrastra sintió una punzada de culpabilidad. La chiquilla las ensalzaba y ella trataba de evitar su asistencia al baile. Pero lo hacía por el bien de todos, incluido el de su torpe hijastra.

La chica se paseó alrededor de las hermanastras, para observar con más detenimiento sus vestidos. En las manos portaba un plato lleno de lentejas crudas. A causa de algunos pequeños conflictos con la cocinera, no había siquiera echado las lentejas en la cazuela.

—¡Anastasia, tu vestido tiene unas arrugas! —señaló alarmada al caer en la cuenta—. Espera, cogeré la plancha y lo arreglaré en un momento —se ofreció presurosa dispuesta a solventar el problema.

No podía permitir que su hermana se presentara ante el príncipe con el vestido arrugado.

—¡¡Tranquila, no hace falta!! —chilló rápidamente su hermanastra angustiada sobre manera.

Imaginó como Isabella era capaz de quemar con la plancha su mejor vestido con ella dentro.

—¡Ya lo haré yo! —se ofreció al tiempo Druzilla saliendo al rescate de su hermana.

Temía igualmente que la hiciera arder como un muñeco de paja.

—Será mejor que subamos arriba para arreglarlo —intervino la madre que, sin perder tiempo, arrastró a sus hijas fuera de su alcance. Idéntica abrasadora visión había cruzado por la mente de las tres mujeres en cuanto Isabella se ofreció a tomar una plancha puesta al fuego—. Tú aún tienes que terminar la comida de mañana —le recordó.

—Es verdad —reconoció la chica— y luego debo vestirme.

—Sí, claro —farfulló remolona la madrastra.

Entonces tuvo una idea y puesto que Anastasia y Druzilla ya estaban a salvo fuera de las cocinas, se acercó a ella.

—Pero no te apresures no vaya a quemarse la comida. Nosotros esperaremos en el carruaje a que estés lista —mintió y con disimulo, golpeó el plato que tenía entre las manos.

Las lentejas se desparramaron por todo el suelo.

—¡Oh, vaya! —exclamó Isabella.

Sin perder un instante corrió a arrodillarse para recogerlas y se olvidó por completo de la madrastra, quien tenía los ojos fijos en la cocinera y las pinches.

Todas habían visto con claridad como lo había hecho a propósito. De igual modo, entendieron claramente el significado de su mirada indicándoles que no la ayudaran a recoger las lentejas.

Como llevaban años recogiendo los estropicios de la chiquilla, no les pareció mala idea que por una vez fuera ella quien se arrodillara. Así pues, en un visto y no visto, todas las mujeres se esfumaron de la cocina.

—¿A dónde ha ido todo el mundo? —se preguntó Isabella extrañada cuando, unos instantes después, levantó la mirada del suelo y se vio completamente sola—. Bueno, no puedo irme al baile sin dejar la comida lista así que seguiré con esto —se dijo encogiéndose de hombros mientras recogía lenteja a lenteja.

Suponía que el servicio regresaría pronto.

Pero trascurría el tiempo y por allí no asomaba nadie la nariz y comenzaba a hacersele tarde.

Mientras cavilaba algún modo para recoger más rápido las lentejas restantes, que eran muchas más de las que estaban de vuelta en el plato, sus padres y hermanastras salieron de la mansión de puntillas para que no se diera cuenta de su marcha sin ella. El carruaje les aguardaba en la entrada de la propiedad, a la suficiente distancia como para no permitirle oír el galope de los caballos y el girar de las ruedas al alejarse.

Y ya que los señores se iban de fiesta y por deseo del ama no debían ayudar a Isabella, los

sirvientes también aprovecharon para salir de la mansión encantados de poder tomarse unas horas libres. Ellos no podían acudir a palacio pero si ir a una taberna del pueblo a disfrutar de bailes mucho más alegres y desenfadados a los practicados por la nobleza. Además de tomarse una cerveza o un vino de especias.

Finalmente la jovencita tuvo una idea. Salió al jardín por la puerta trasera y se puso a gritar:

—¡Tiernas palomas, amables tórtolas, pájaros del cielo, vengan todos y ayúdenme a recoger las lentejas!

Tenía por costumbre salir todas las mañanas al jardín para alimentar a las aves que rondaban por la propiedad. Ahora estaba convencida de que no dudarían en pagarle su generosidad haciéndole aquel favor. Sin embargo, resultó estar un tanto equivocada.

Ya era algo tarde para los pájaros y muchos se disponían a dormir. Aun así, unos pocos se acercaron al oír la llamada esperando recibir algunas miguitas.

—No nos gustan las lentejas —protestaron.

—No quiero que os las comáis, sólo que las pongáis en el plato —aclaró la muchacha.

—¿Y qué nos darás a cambio? —quiso saber una de las palomas.

—Mi eterno agradecimiento.

—Pues déjalo, no nos interesa —replicaron los pájaros y echaron a volar de vuelta a sus confortables nidos.

—¡Esperad! ¡Volved aquí panda de ingratos! —vociferó enfadada mientras les perseguía—. ¡¡Si no me ayudáis no os volveré a dar de comer!!

Su amenaza cayó en saco roto. Las aves tenían alimento suficiente en el jardín con las semillas y los gusanos. Nunca rechazaban un extra como el rico pan, pero no les era indispensable para sobrevivir. Además, ella no era la única que les daba de comer. Las sirvientas de la casa siempre tiraban las migas del pan al prado. Por lo tanto, no necesitaban para nada hacerle un favor que nada les apetecía a la hora de descansar.

—Maldita sea —lamentó enfurruñada mientras remoloneaba por el jardín. Había detenido su infructuosa persecución y ya no se veía ni un pájaro en el cielo cada vez más oscuro—. Ahora habré de hacerlo yo sola y para cuando termine de preparar la comida ya será demasiado tarde para ir al baile. ¡Con la ilusión que me hacía! Nunca he ido a ninguno —gruñó con ganas de llorar y dio una patada en el suelo con tal fuerza que se llevó por delante un trozo de césped.

IV

De pronto, sin que Isabella se percatara, una estrella surcó el cielo. Se fue aproximando y haciéndose cada vez más grande hasta estrellarse en el jardín a pocos metros de ella.

Una nube de humo plateado surgió e Isabella comenzó a toser desconcertada.

Y entonces de la nube, entre tosecillas, apareció una mujer vestida de plata agitando las manos para dispersar la humareda. Empuñaba una varita mágica y tenía alas en la espalda semejantes a las de los insectos.

—¿Quién es usted? —preguntó la chica muy sorprendida.

—Tú hada madrina y creo que necesitas un poco de ayuda —respondió—. Algo acerca de un baile, ¿verdad?

El natural entusiasmo de Isabella regresó al escuchar estas palabras. No tenía idea de dónde demonios había salido aquella mujer, ni cómo sabía lo del baile pero tampoco le importaba gran cosa. Sólo quería dejar listas las lentejas y partir a palacio con su familia. La pobre inocente seguía convencida de que la aguardaban en la entrada principal.

—Necesito una calabaza —siguió su hada madrina.

—¿Una calabaza? —exclamó la joven desconcertada.

¿Para qué quería echar una calabaza a las lentejas? Le pareció una mezcla de lo más desagradable.

—Sí, niña, y apúrate —urgió el hada en tono imperioso—. ¿No querrás estar aquí toda la noche?

—Está bien —cedió Isabella con un encogimiento de hombros—, creo que hay alguna en el huerto —siguió y se dirigió al lugar—. ¡Las hadas tienen cada cosa! —murmuró por lo bajo de camino.

Al llegar al huerto encontró una única calabaza y además algo escuchimizada.

—Supongo que le servirá —se dijo mientras la arrancaba.

En el camino de vuelta jugaba con la calabaza. La lanzaba al aire como si fuera una pelota y al estar bastante oscuro, en una de esas no logró cogerla al vuelo y cayó al suelo.

—¡Pero serás torpe! —le reprochó la mujer corriendo a ver si por un milagro se había salvado de la caída.

Por fortuna, a pesar del golpe seguía entera.

—Menos mal —suspiró aliviada—, si se llega a romper tendría que haberte mandado a por otra.

—Era la única que había —señaló Isabella.

Seguía sin ver como aquella calabaza podía mejorar su guiso de lentejas. Sin duda, a su familia no le gustaría semejante mezcolanza y luego a quien acusarían del mal sabor sería a ella, así que...

Esta vez, bien a posta, metió el pie con fuerza en la calabaza.

—¡¿Pero qué has hecho, niña?! —espetó la mujer pasmada.

—Lo siento, ha sido sin querer, no la he visto —mintió la muchacha como una bellaca. También podía hacerlo si se lo proponía.

Sacó el pie pringado por la pulpa.

—De todos modos, no creo que las lentejas con calabaza estuvieran muy buenas —señaló mientras frotaba el zapato contra la hierba para limpiarlo.

—¿Pero de qué demonios hablas? —gruñó el hada madrina cada vez más irritada porque aquella torpe chiquilla le hiciera perder su valioso tiempo—. La calabaza era para hacerte un carruaje. Ahora habrás de ir a pie.

—Ah... —exclamó la jovencita. Al fin comprendía—. De todos modos no pasa nada. Mi familia me aguarda fuera y tenemos carruaje propio.

—Tu familia se ha largado hace mucho —replicó la mujer entre resoplidos.

—No puede ser —comentó Isabella incrédula.

—Pues compruébalo tú misma, si gustas —animó el hada arqueando una ceja—. Ve, yo te aguardaré aquí —dijo y se sentó en un banco de piedra cercano—. De todos modos, está claro que voy a perder toda la noche con esta tontería de misión —rezongó.

Agitó nerviosamente la varita con expresión de hastío mientras observaba a la chiquilla alejarse.

—Pues es verdad, no están —reconoció cuando regresó a los pocos instantes—. No sé qué les pasaría —murmuró extrañada.

La mujer dejó escapar un sonoro suspiro.

—Bueno, ¿podemos seguir con lo nuestro de una vez? —inquirió y se levantó del banco—. Como destrozaste la calabaza no podrás tener una carroza y te tocara ir a pie...

—¿No vale otra hortaliza? —interrumpió Isabella—. Hay muchas zanahorias en el huerto y el suelo de la cocina está lleno de lentejas. Si alguna sirve...

—Pues claro que no sirven otras hortalizas, ¿tú que te crees, que una puede convertir cualquier cosa en carroza? Y que perra tienes con las dichosas lentejas —observó ofendida.

—Yo que sé, no tengo idea de cosas de hadas... —se defendió la joven.

—¡¡Exacto!! —cortó el hada madrina—. Tú no sabes de estas cosas, yo soy la profesional y quien decide con qué se puede hacer una carroza y con lo que no —sentenció en tono autoritario mientras agitaba la varita con brío frente a sus narices.

Luego, volvió a suspirar. Trataba de recobrar la calma y centrarse antes de proseguir.

—Como decía, antes de tu poco útil intervención, habrás de ir a pie. Pero al menos, aún puedo proporcionarte el atuendo adecuado para asistir al baile en palacio.

—Yo ya tengo mis propios vestidos —señaló Isabella con inocencia.

El hada le lanzó una mirada fulminante.

—¿Quieres o no mi ayuda? —interrogó elevando el tono de voz—. Porque si no, me voy encantada. No soporto perder el tiempo y menos donde no soy apreciada —señaló enojada dispuesta a agitar su varita y esfumarse de nuevo en una nube de humo.

—Sí, sí que quiero su ayuda —corrió a decir Isabella—. Pero sólo necesito ayuda para recoger las lentejas de la cocina. Luego yo puedo preparar el guiso... claro que si agitando su varita lo pudiera dejar listo podría ir a vestirme antes —observó.

Al fin se daba cuenta de cuán ventajosa podría ser su intervención.

—Está bien, pues vayamos a tu casa y te dejaré listas esas dichosas lentejas —se resignó la mujer sintiendo como su talento mágico se desperdiciaba en algo tan nimio.

Una vez en las cocinas giró su varita y puff... las lentejas volaron en un instante hasta el plato. Y con otro movimiento de varita se fueron a la cazuela. En un visto y no visto la comida estuvo lista.

—¿Ya estás contenta? —interrogó.

Esperaba al menos un buen número de alabanzas.

—¡Vaya, si que ha sido rápido! —reconoció la jovencita sorprendida.

Se acercó a la cazuela y probó el guiso para cerciorarse de que al menos estuvieran aceptables.

—¡Están buenas! —señaló paladeándolas—. En realidad, diría que están más ricas que las mías —hubo de admitir.

—Pues claro que están buenas. Preparar unas lentejas esta chupado —declaró el hada madrina con algo de suficiencia—. ¿Y ahora dejarás que me ocupe de tu vestido?

—Está bien —concedió la muchacha—. Supongo que con esa varita tuya podría hacer aparecer un vestido mejor que los míos —comentó.

—Tenlo por seguro, soy toda una experta en diseño de trajes de noche. No te imaginas la cantidad de chicas que he transformado de patitos feos a deslumbrantes cisnes —presumió sin cortarse un pelo.

Al instante, un nuevo giro de su varita hizo aparecer una pequeña nube de humo, en esta ocasión rosa, y de ella un gran libro con tapas de cuero rojo y apliques dorados.

—Vamos a ver que encontramos por aquí —murmuró concentrada.

El volumen se mantenía flotando en el aire. Pasó las páginas, cubiertas con dibujos de distintos vestidos, con su varita mágica y al poco se detuvieron.

—Éste es una de mis más recientes creaciones —señaló orgullosa mostrándole el diseño a Isabella.

—No me gusta el color —dijo ésta sin pizca de entusiasmo mientras estudiaba el dibujo.

—Te lo puedo hacer del color que prefieras —explicó el hada con sorprendente comprensión.

—Ya, pero es que tampoco me gustan las mangas, ni el cuello —siguió la jovencita—, ni los bordados, ni...

—Vale, creo que ya lo he pescado —interrumpió, la mujer notó como regresaba la irritación—. Miraremos otros —añadió.

Y con un nuevo movimiento de varita las páginas volvieron a pasar solas, mostrando a Isabella diseño tras diseño.

Pero unos los consideraba muy largos, otros muy cortos, otros vulgares, otros demasiado atrevidos, otros aburridos y así parecía que ninguno le iba a gustar.

—Que escogidita eres, niña —reprochó el hada madrina tras descartar lo menos treinta modelos del libro—. No puedo creer que ni uno te guste lo suficiente —protestó incrédula—. Estoy por olvidarme de darte un vestido para la fiesta y dejarte aquí tirada con tu atuendo de ir por casa —amenazó mientras analizaba su sencillo traje—. Dudo muchísimo que en tu armario haya algo mínimamente comparable con mis diseños, por mucho que tú le saques pegas a todos —declaró con suficiencia.

—Es que yo creía que un hada madrina podría hacerme un traje único; algo excepcional que deje a todo el mundo con la boca abierta —señaló Isabella con ingenuidad—. Esos vestidos son bonitos pero no me parecen deslumbrantes.

—¿Quieres un vestido deslumbrante? Pues yo te daré el mejor vestido del mundo —proclamó la mujer casi a voces.

Acababa de herir su orgullo y las hadas madrinas tienen un orgullo muy delicado.

Con un rápido pase de varita el libro se cerró con un ruido sordo para, instantes después, desaparecer en la nubecilla rosa. Una vez dispersa, el hada madrina se arremangó con expresión

decidida y empezó a agitar su varita con desenfreno dando vueltas alrededor de Isabella. A punto estuvo, en un par de ocasiones, de sacarle un ojo a la muchacha.

A los pocos instantes una nube azulada surgió y devoró a la chica hasta hacerla desaparecer. Tan sólo se escuchaban sus convulsas y constantes toses.

Cuando Isabella ya creía asfixiarse entre aquel irritante humo, que se le metía por la garganta, desapareció y pudo volver a respirar.

—¡Tachan! —exclamó su hada madrina con una gran sonrisa de satisfacción—. Si este vestido no es absolutamente deslumbrante que bajen las hadas del cielo y lo vean —siguió mientras admiraba su obra.

Toda peinada, Isabella lucía un vestido de oro y plata que la hacía resplandecer como un lucero.

—¿Le das tu aprobación? —preguntó la mujer con los brazos en jarra y un tonillo irónico en la voz.

La chica se quedó cautivada por su increíble atavío.

—¡¡Es precioso!! —reconoció casi sin palabras y los ojos entornados ante los brillantes tejidos que casi la cegaban—. Con esto puede que el príncipe se fije en mí —se atrevió a soñar.

Hasta ese momento tan sólo había aspirado a divertirse en el festejo.

—Tendría que estar ciego para no caer rendido a tus pies —aseguró el hada—. Bien, si ya estás contenta creo que es hora de irte corriendo a palacio —le indicó—. A pie, el viaje te llevará un buen rato.

—Bueno... —murmuró Isabella.

Estudió sus zapatos y su expresión ya no parecía tan alegre.

—¿Pasa algo? —interrogó la mujer extrañada.

—Estos zapatos son algo simples —comentó la chica.

—¿Simples? Pero si están bordados primorosamente en plata y seda. Son una maravilla. No encontrarás zapatos iguales en todo el reino —declaró su hada madrina.

Volvía a ponerse de mal humor.

—Pero aún podrían ser más bonitos —defendió ella—. Si fueran todos de oro entonces sí serían increíbles. Sin duda, nadie en el mundo tendrá unos zapatos así —expuso.

—¿Unos zapatos de oro macizo? —repitió la mujer con desconcierto—. No me parece muy práctico llevar unos zapatos de oro. Serían muy pesados e incómodos al no ser flexibles y no podrías mover bien el pie. A menos, claro, que tu deseo sea poder venderlos para sacar una pequeña fortuna —observó. Enarcó una ceja y le lanzó una mirada desconfiada—. Te advierto que si pretendes engañarme para enriquecerte a costa de mis generosos regalos, los hechizos están equipados con un sistema de seguridad y si intentas vender algo se esfumará en el momento de la transacción comercial.

—Claro que no, sólo pensaba que serían realmente increíbles —se defendió Isabella.

Su expresión resultaba tan ingenua que convenció al hada de su inocencia. Tan sólo era un tonto capricho de la chiquilla.

—Bueno... opino que es una mala idea pero si te empeñas... —cedió.

Y con un pequeño toque de varita sobre uno de los zapatos y la consiguiente nube de humo, esta vez dorada, los zapatos se transformaron.

Ya tenía sus zapatos de oro macizo.

—A mí estos me parecen mucho más vulgares —observó el hada madrina mientras estudiaba el resultado—. Pero bueno, no todo el mundo puede gozar de mi exquisito gusto —añadió sin

pizca de modestia.

—¡Son divinos! —exclamó Isabella llena de entusiasmo haciendo oídos sordos a sus comentarios—. ¡Ahora sí que estoy perfecta!

Tan contenta estaba que tuvo ganas de ponerse a dar saltos de alegría pero, como le previno la mujer, en verdad el brillante material de los zapatos los hacía muy pesados y no logró despegar los pies del suelo.

Aún así estaba contentísima. Era un diminuto inconveniente en comparación con lo bonitos que eran.

—Pues si al fin estás satisfecha me despido —dijo el hada y agitó la varita delante de ella sacándola de su abstracción. No hacía más que mirar los zapatos embobada—. ¡Te deseo mucha suerte!

A los pocos segundos, una nube plateada se materializó, la cubrió y retornó a su estado de estrella.

—¡Muchísimas gracias, seguro que le gusto al príncipe! —se despidió Isabella, a pleno pulmón.

La estrella ya se alejaba por el cielo nocturno.

—¡Yo me refería a conseguir llegar a pie con esos zapatos a palacio, pero también te deseo suerte con eso! —se oyó decir a la estrella cuando ya apenas se divisaba.

Cuando Isabella salió de la mansión familiar, la estrella ya había desaparecido por completo y no quedaba ni rastro del hada madrina. Se agarraba el vestido para no ensuciarlo con el polvo del camino y arrastraba los pies. Ciertamente no era nada fácil ni cómodo andar con ellos. Ya lista, se dispuso a correr hasta el palacio donde hacía ya horas que todos los nobles del reino se divertían o al menos lo intentaban.

Bastaron cien metros de andadura para que la joven viera cuánta razón llevaba su hada madrina. Caminar con aquellos brillantes y tan valiosos zapatos era un verdadero suplicio. Debía hacer un esfuerzo tremendo para dar cada paso y los pies la mataban de tanto que le dolían.

Así no lograría llegar a palacio ni en una semana.

Parada en mitad del camino, observó el cielo nocturno por si la fortuna hacía regresar al hada. Pero nada, estaba claro que al menos aquella noche no iba a volver.

—¿Qué le vamos a hacer? —suspiró resignada con un encogimiento de hombros.

A pesar de todo no pensaba rendirse. Llegaría a palacio aunque hubiera de ir descalza.

Y eso fue justo lo que hizo. Se quitó los zapatos de oro y, con mucha más energía, emprendió de nuevo la marcha. Podía caminar mucho mejor, aunque llevar los zapatos en brazos seguía ralentizando considerablemente su marcha. Pretendía ponérselos de nuevo al llegar al baile.

Al final, comprendió que debía elegir entre el baile o los zapatos. No podría tener ambas cosas.

Así pues, dejó escapar un nuevo y sentido suspiro y decidió renunciar a los zapatos de oro dejándolos a un lado del camino.

—Espero que el vestido me cubra todo el tiempo los pies y nadie se de cuenta de que voy descalza —susurró.

Ahora sí logró correr como el viento hacia palacio.

Durante el trayecto, sorprendió a algún que otro labriego de regreso a su hogar tras una dura jornada de trabajo. Aquellos caminos carecían de más iluminación que no fuese la luna y las estrellas del firmamento, pero el vestido de la muchacha brillaba de tal manera que el extrañado paseante vislumbraba desde gran distancia, una fulgurante luz dorada como si un pequeño sol

hubiera descendido a la tierra en plena noche. Y más sorprendido se quedaba cuando ya en la cercanía, descubría que aquella luz era en realidad una jovencita ataviada con un lujoso vestido de gala que corría como una loca.

Y qué decir de la increíble alegría que se llevó un humilde campesino cuando se tropezó con los zapatos de oro macizo abandonados. Con que dicha se los llevó a casa y anunció a su familia que eran ricos. Y que disgusto recibió la familia al completo cuando el hechizo de seguridad del hada madrina se hizo efectivo en cuanto el hombre los quiso vender y desaparecieron ante sus ojos y los del también muy decepcionado joyero.

V

Mientras Isabella proseguía su infatigable carrera rumbo al baile de palacio, el mayordomo real sudaba la gota gorda.

A pesar de intentar permanecer en todo momento junto al príncipe el salón se hallaba tan concurrido y las doncellas estaban tan ansiosas de presentarse ante el heredero de la corona, que los grupillos de ávidas aspirantes a princesa lograban alejarle dejando desprotegido al muchacho. Lo cual, en lo que llevaban de noche, ya había provocado más de un pintoresco incidente.

El príncipe llevaba saludadas a buena parte de las columnas de la sala convencido de que era la joven duquesa de tal o la joven marquesa de cual quien le hablaba en ese momento. Y las columnas que no acogieron sus educados saludos, con marcial inclinación incluida, recibieron sus golpes pues se pegó unos buenos mamporros contra ellas.

En ambos casos, tras denodados esfuerzos, el mayordomo lograba abrirse paso entre las estupefactas doncellas que no sabían cómo interpretar tan extraño comportamiento. Tomaba al príncipe del brazo, levantaba la vista con el fin de localizar al rey para cerciorarse de que no se había enterado del incidente y le guiaba con disimulo lejos de la columna en cuestión. Buena bronca le caería si creía que su hijo estaba haciendo el ridículo. Luego se echaba a reír a pleno pulmón alabando el buen humor del muchacho. Así, hacía creer a las entusiastas admiradoras que el príncipe era todo un bromista. Y como ellas no deseaban quedar como tontas, se unían rápidamente a las risas profiriendo falsos halagos sobre su ingenio.

El príncipe, sin entender, susurraba al mayordomo preguntando a qué venía aquello. Como para él todo eran borrones a su alrededor, al pobrecillo todo le resultaba muy confuso y ruidoso.

Cuando al fin llegó Isabella al baile todos los presentes giraron la cabeza al ver aparecer aquel lucero de oro y plata. Por supuesto, entre los invitados se hallaba su familia. Pero entre lo cambiada que estaba, que ninguno esperaba verla allí, pues la imaginaban aún en las cocinas inmersa en la preparación de las lentejas para el día siguiente, y que su vestido brillaba tantísimo como si contemplaras directamente el sol y una vez lo mirabas te cegaba de tal modo que resultaba difícil distinguir los rasgos de la jovencita, no la reconocieron.

Resultaba tan extraordinaria que todos la tomaron por una princesa extranjera.

Y brillaba tanto que a pesar de su vista de topo, el príncipe consiguió distinguirla entre todos los demás borrones del lugar.

Atraído por el brillo dorado cual ávida polilla, fue hasta ella dejando atrás a su protector. Él también había quedado impresionado con la aparición de aquella resplandeciente extraña y para cuando reaccionó, el príncipe ya había escapado de su alcance.

A tientas, el joven logró encontrar la mano de Isabella y sin más preámbulos se pusieron a bailar.

Y esto, aún siendo un momento mágico para los dos chicos, podía resultar altamente peligroso. Isabella, ilusionada por lograr la atención del mejor partido del reino, aportaba más ímpetu de lo normal a la danza y el complacido muchacho se dejaba llevar por su vigorosa pareja de baile

esperando que ella fuera sus ojos. Pero, como solía pasarle, la entusiasmada jovencita no se fijaba en nada ni nadie. Sólo pensaba en que bailaba con el príncipe y además, era bastante más guapo de lo que había imaginado.

Con lo cual, desde el primer instante, comenzaron a chocarse con las otras parejas que siguiendo su ejemplo deseaban bailar, provocando exclamaciones de sorpresa, pisotones, miradas de estupor y alguna que otra de disgusto.

Ante esta nueva y alarmante situación, el mayordomo volvió a entrar en pánico y más cuando descubrió como el rey desde otra parte del gran salón, observaba con interés a la danzante pareja. Debía evitar que el heredero quedara en ridículo ante todos y de paso que ninguno de los invitados acabara lesionado por la frenética pareja.

Sin perder un segundo se puso a dispersar a los demás bailarines. De ese modo toda la pista de baile quedaría para ellos.

A los invitados les tocó quedarse de pie, pegados a las paredes mientras observaban el interminable baile del príncipe con aquella deslumbrante extranjera.

Al principio resultó un espectáculo bonito, pero al rato los mayores se aburrieron de tanto mirar aquella luz que bailoteaba por el salón. Dejaron de prestar atención y optaron por dedicarse a charlar con otros invitados.

En cambio la mayoría de las muchachas, con el ánimo hundido, pues resultaba evidente que al menos por aquella noche habían perdido toda esperanza de siquiera poder hablar con el deseado joven, optaron por regresar a sus casas. Entre ellas Druzilla y Anastasia, las hermanastras de Isabella, las cuales volvieron a la mansión con toda la pena del mundo.

No obstante, nadie de la familia notó la ausencia de la jovencita. Faltaban pocas horas para el nuevo amanecer cuando entraron por la puerta y todos la supusieron dormida en su alcoba.

Por su parte, demostrando una energía casi ilimitada, Isabella bailó hasta el amanecer. Entonces, recordó que pronto sería la hora de llevarles el desayuno a sus padres y hermanastras y decidió marcharse.

El príncipe, a pesar de lo mucho que le gustaba aquel borrón brillante y alegre, agradeció detener la danza. Comenzaba a estar cansado.

Se ofreció a acompañarla a su casa. Deseaba saber quién era aquella muchacha y donde vivía. Pero ella se despidió presurosa. No podía permitir que se enterara de que había llegado sin carroza.

Corrió como un rayo por las escaleras y al ver al príncipe perseguirla se lanzó por el pasamano. Por descontado, sin fijarse siquiera dónde caería o a qué altura del suelo se encontraba. Su única preocupación era lograr despistarlo.

Finalmente aterrizó sobre el palomar de palacio, ilesa aunque algo sucia. Y por supuesto, dio un tremendo susto a las palomas que dormían plácidamente.

Sacudió con brío su vestido de oro y plata, mientras las palomas reales le dedicaban un buen número de reproches e improperios, y reemprendió veloz su carrera de vuelta a casa.

VI

Al llegar a la mansión, aún no se había levantado nadie. Entre la carrerita de ida, la de vuelta y las horas de baile, sus descalzos pies llenos de ampollas y tiznados clamaban por un merecido descanso.

Más tranquila, subió a su alcoba. Se quitó el vestido y nada más hacerlo, cuando pretendía guardarlo en el armario para la siguiente noche, se esfumó en una nube dorada.

—¡Vaya! —exclamó, sorprendida—. Los hechizos de mi hada madrina deben tener fecha de caducidad —dedujo encogiéndose de hombros.

Y por primera vez en años, estaba tan cansada que olvidó hacer los desayunos y llevárselos a su familia.

—Creo que voy a dormir un ratito —farfulló.

Se tiró sobre el lecho y cerró los ojos.

Y por primera vez en años, Druzilla, Anastasia, los padres de Isabella y hasta Lucifer pudieron dormir hasta tarde. Y por primera vez en años, no hubo ningún percance durante el desayuno.

Isabella durmió como un tronco hasta la tarde.

Como era de suponer, su familia se extrañó mucho al no verla aparecer con los desayunos y más según pasaban las horas, sin bajar ni siquiera para el almuerzo. La madrastra se preguntó si subir a su alcoba no fuera a encontrarse indispuesta pero... *la muchacha siempre había gozado de una excelente salud y la mansión estaba tan tranquila*, se dijo optando al final por no tentar al diablo.

Cuando la jovencita al fin se levantó y bajó al piso principal, las hermanastras ya se encontraban inmersas en los preparativos para el segundo baile.

Druzilla y Anastasia contaban con una nueva oportunidad para conquistar al príncipe. Tal vez en esta ocasión la brillante extranjera no se presentara en palacio, pensaron las hermanas. Aunque era mucho más un deseo que una posibilidad real. En el fondo de sus corazones, sabían de sobra que la desconocida habría de estar rematadamente loca para no aparecer. La noche pasada quedó patente como tenía al príncipe comiendo de su palma. Por tanto, contaba con todas las papeletas para convertirse en la nueva princesa del reino.

Ya repuesta de la ajetreada noche, Isabella se moría de ganas por contarle a su familia cuanto le había sucedido pero no hubo forma. El padre hacía rato que se había esfumado en el interior de su despacho y su madrastra y hermanastras iban de un lado a otro, con paso acelerado, ocupadas en los preparativos para el nuevo festejo.

Cada vez que intentaba hablar, las muchachas la esquivaban temerosas de la fatalidad que la rodeaba inventándose torpes excusas.

—Mamá, anoche conocí... —comenzó cuando vio aparecer a su madrastra.

—Qué bien que estás aquí, querida —interrumpió ella. La tomó del brazo y se apresuró a conducirla rumbo a las cocinas lejos de Anastasia y Druzilla—. He de felicitarte por las lentejas, estaban realmente deliciosas —alabó dispuesta a camelarla con el mismo truco de la tarde anterior.

Si había funcionado una vez posiblemente volvería a surtir efecto en su voluntariosa y complaciente hijastra.

—Me alegro, aunque en realidad... —trató de explicar Isabella que no había sido ella la cocinera, sino su hada madrina.

—Una pena que no llegaras a probarlas, no quedó ni un poquito tras la comida, dimos cuenta de todo el guiso —aseguró la madrastra con una alegre risilla volviendo a interrumpir los intentos de la muchacha por contar los sucesos de la noche anterior.

—Es que estaba tan... —volvió a intentar hablar la muchacha queriendo explicar ahora su tardío despertar.

—Así que tienes que repetir esas maravillosas lentejas —pidió la mujer cuando ya entraban a la cocina, cortándola de nuevo e ignorando por completo sus esfuerzos por mantener una conversación.

Sin perder un instante le ofreció un plato lleno de lentejas crudas y con un disimulado movimiento de cabeza ordenó al personal de la cocina esfumarse.

—Bueno, ahora te dejo trabajar tranquila —añadió a modo de despedida—, debo ir a ayudar a tus hermanas.

Y con un fingido empujón accidental provocó, una vez más, que las lentejas se desparramaran por todo el suelo. Luego desapareció como una exhalación.

Isabella no logró contarle a su familia la maravillosa experiencia del baile en palacio y ahora volvía a encontrarse sola teniendo que recoger las lentejas. Aunque tampoco le importó demasiado. Se encogió de hombros y empezó con la tarea. Esperaba que su hada madrina volviera a presentarse. En esta ocasión, ni se molestó en pedir la colaboración de las aves del jardín. Sabía de sobra que sólo obtendría insolentes negativas.

Cuando al cabo de un rato se cansó de estar arrodillada recogiendo lentejas, salió al jardín para sentarse en un banco. Allí aguardaría mucho más cómoda la llegada de su mágica protectora.

Mientras observaba el firmamento, por segunda vez sus padres y hermanastras, ataviados con sus mejores galas, abandonaron la mansión de puntillas para tomar el carruaje que les conduciría a palacio con el convencimiento de evitar la asistencia de la desastrosa jovencita.

Pasado un rato, demostrando su natural impaciencia, Isabella volvió a la cocina entre resoplidos. Tal vez su hada madrina regresara a ayudarla o tal vez al final le tocara a ella sola recoger las lentejas y preparar el guiso. Luego tendría que irse al baile con uno de sus bonitos vestidos pero carentes de resplendor. Fuera como fuera no soportaba estar mano sobre mano.

—Veo que sigues persiguiendo a las lentejas —bromeó su hada madrina.

Apoyada en el marco de la puerta que daba al jardín la observaba. Isabella la había dejado abierta por si acaso y la pilló desprevenida.

—¡Qué bien que llegas! —exclamó, se incorporó de un salto con tal brío que las lentejas que volvían a estar en el plato salieron disparadas desperdigándose de nuevo por el suelo.

La muchacha ni se dio cuenta. Como siempre, no se enteraba de la misa a la media.

—Creo que ayer lograste llegar al baile y lo pasaste bastante bien —siguió la mujer con una amable sonrisa.

Aquella noche parecía de mucho mejor humor.

—Bueno, tuve algunos problemillas para llegar...

—Lo sé —intervino el hada con ironía enarcando una ceja.

Por supuesto, estaba al tanto del abandono de los zapatos de oro y cuanto sucedió después. Hecho que desconocía la muchacha y ni siquiera se había molestado en preguntarse.

—Pero el baile fue maravilloso —siguió Isabella. Pasó de largo lo de los zapatos; esa parte del relato no era interesante—. El palacio es inmenso y el salón de baile increíble y...

—Y conociste al príncipe, quedó de inmediato encandilado por tu belleza y tu inigualable vestido y bailasteis toda la noche como si no existiera nadie más en el mundo —interrumpió de nuevo su hada madrina resumiendo en una frase la experiencia más increíble de su vida—. Vamos, lo que les pasa a todas las chicas cuando intervengo en sus vidas —apostilló quitando importancia al asunto y de paso echándose algunas flores a sí misma.

—Pues sí, eso fue lo que pasó —admitió la muchacha algo desilusionada.

Al final no había forma de presumir de lo sucedido. Nadie le daba la oportunidad.

—Pero creo que aún no te ha pedido en matrimonio, ¿me equivoco?

—Pues no, en realidad ni siquiera hablamos —reconoció Isabella.

Había disfrutado tanto con el baile que no se acordó de conversar con el príncipe y él tampoco le habló hasta el momento de despedirse. Ni siquiera cayó en la posibilidad de convertirse en princesa.

—Bueno, no te angusties, los hombres siempre se hacen los remolones con ese tema. Da igual que sea un príncipe o un campesino, a todos les cuesta horrores comprometerse —aseguró el hada madrina con despreocupación—. Tal vez esta noche se declare —animó—. Pero dejemos de darle a la lengua y centémonos en lo nuestro pues el tiempo corre —siguió—. Supongo que hoy volverás a darme la lata con las dichosas lentejas, ¿verdad?

—A mi familia les encantó su guiso y me han pedido repetirlos —explicó Isabella con candidez.

—Ya, ya, y así de paso te tienen entretenida recogiendo lentejitas —añadió el hada que no tenía ni un pelo de tonta.

A ella no se le escapaba el truco empleado por la madrastra de la chica.

A continuación, con un pase de su varita volvió a recoger las lentejas, con otro las echó a la cazuela y con un tercero dejó preparado el guiso.

—¡Listo! —anunció—. Una cosa menos. Y ahora nos pondremos con el vestido porque supongo que de ayer a hoy no habrá crecido ninguna calabaza en vuestro huerto —dijo dando por sentado que esa segunda noche habría de irse al baile otra vez a pie.

—Me temo que no —admitió Isabella.

—Pues te aconsejo que mañana encargues a uno de tus sirvientes ir a comprar una al mercado, así al menos la última noche podrás presentarte en una carroza como es debido —le sugirió.

—Lo haré —prometió ella contenta.

No se le había ocurrido aquella genial idea.

—Bien, pues como decía pasemos a tu atuendo —prosiguió la mujer—. Supongo que querrás el mismo vestido ya que tuviste tanto éxito con él.

Conocía de sobra a las jovencitas con las que trataba; todas estaban cortadas por el mismo patrón.

—Sí, por favor —pidió la chica.

Tras un giro de varita y una nube dorada, que como la vez anterior provocó molestas toses a Isabella aunque valía la pena medio asfixiarse con tal de lucir tan bonita, ya estaba lista para el festejo.

—¿Contenta? —quiso asegurarse el hada.

—Oh sí, aunque...

—¿Qué te pasa ahora? —se quejó la mujer algo intranquila.

—Es maravilloso pero ahora que lo pienso, si aparezco con el mismo vestido a lo mejor los demás invitados piensan que es mi único vestido. Aunque a la vez me gusta tantísimo... —explicó Isabella ahora inmersa en un mar de dudas.

La mujer entornó los ojos y dejó escapar un suspiro. Luego, agitó su varita de nuevo y se ocupó de hacerle algunos ajustes a la prenda.

—¿Qué te parece así? —preguntó al finalizar.

Seguía siendo el mismo vestido fulgurante de oro y plata pero le había cambiado un poco las mangas, modificado el escote y añadido perlas en la falda.

—¡¡¡Increíble!!! —chilló Isabella a punto de estallar de júbilo.

Quiso dar vueltas sobre sí misma cuando notó que no podía moverse. Levantó un poco la falda para comprobar sus temores.

—Con el mismo vestido deben ir los mismos zapatos —señaló el hada madrina con sorna mientras la observaba.

Ella quiso desoír su consejo y ahora habría de cargar con las consecuencias.

—Siguen siendo deslumbrantes pero creo que también les vendría bien algún ajustillo —solicitó la muchacha con expresión suplicante—. Esta vez la suela podría ser de cuero —sugirió.

—Y así serían más ligeros y algo más cómodos, ¿verdad? —rio la mujer dispuesta a ceder.

Definitivamente aquella noche estaba de un humor inmejorable.

Un toque de su varita en cada zapato e Isabella notó al instante como su peso se aligeraba bastante.

—Y ahora corre o alguna otra muchacha te arrebatará a tu querido príncipe —ordenó el hada.

Al instante desapareció en una nube plateada, volvió a convertirse en estrella y se alejó por el firmamento.

La chiquilla la despidió con la mano dándole las gracias a grito pelado. Por fortuna, no tenían vecinos de lo contrario los hubiera despertado a todos.

Luego se recogió la dorada falda cuajada de perlas y se dispuso a correr a palacio con sus mejorados zapatos de oro.

Bastaron doscientos metros de andadura para darse cuenta de que a pesar de la nueva suela de cuero seguían resultando incomodísimos y costaba el triple dar un paso con ellos que con un calzado normal. Hubo de descalzarse una vez más, pero en esta ocasión no quiso abandonarlos. Podía cargar con ellos y ponérselos al llegar a palacio. Resultaban terribles para una larga caminata pero podrían servir para bailar en el salón. Además, eran tan bonitos...

Así pues, descalza, con la falda recogida y un zapato en cada mano para equilibrar el peso, reemprendió la marcha al ansiado festejo.

Por segunda vez, los campesinos y demás paseantes que rondaban por aquellos lares rumbo a sus hogares pudieron observar un lucero dorado aproximándose a ellos. Alguno volvió a llevarse una tremenda sorpresa al ver la desconocida luz antes de descubrir su singular procedencia. Eso sí, cuantos ya la habían visto la noche anterior agradecieron la iluminación en el camino y saludaron cortésmente a la jovencita al cruzarse con ella.

VII

Cuando llegó al baile, justo antes de entrar, Isabella volvió a ponerse sus preciosos zapatos de oro y de nuevo todas las cabezas se giraron hacia ella. En esta ocasión el príncipe ya la aguardaba con ansiedad y en cuanto captó aquel brillante fulgor de oro y plata, se zafó del mayordomo real y se dirigió veloz hacia ella cual polilla que no le importara abrasarse con tal de disfrutar de la luz.

Como imaginaba lo que sucedería a continuación, el fiel servidor de la corona se apresuró a despejar la pista de baile para la vigorosa pareja. Así logró evitar nuevos choques, pisotones y demás accidentes.

Todos los presentes permanecieron un rato observando a la alocada pareja bailotear encantados. Las demás féminas suspiraban apesadumbradas al ver como por segunda vez, se esfumaban sus posibilidades de convertirse en princesa o tan siquiera de poder bailar o charlar con el heredero. Entre ellas, una vez más, estaban Druzilla y Anastasia que optaron por regresar a casa con su familia. Quedarse allí sufriendo sería peor. Y una vez más, no se dieron cuenta de que la extranjera princesa e Isabella eran en realidad la misma persona.

Y al llegar a la mansión, por segunda vez toda la familia supuso a la jovencita durmiendo en su alcoba.

Con el transcurso de las horas el palacio se fue vaciando sin que la pareja, abstraídos como estaban en la diversión y el brillo, se diera cuenta de nada. Sin embargo, hubo alguien que no despegó la vista de ellos; el rey.

—¿Será verdad que al fin voy a lograr tener nietecitos? —dijo esperanzado con los ojos como platos.

—A mi me parece que hay bastantes posibilidades, Majestad —señaló el mayordomo a su lado—, parecen gustarse mucho.

—¿Y quién es la joven? ¿A qué familia pertenece? —interrogó atropelladamente el monarca.

Nunca estaba de más cerciorarse del buen abolengo de la futura princesa y madre de sus nietos.

—Pues no lo sé —hubo de reconocer su acompañante—. Anoche bailaron sin parar y cuando al fin cesaron y quise entrevistarme con la doncella, desapareció —reconoció sin confesar la verdad.

En realidad, durante la espera, se quedó dormido en uno de los sillones dispuestos en la sala para los invitados de mayor edad y cuando le despertó uno de los sirvientes encargados de limpiar el salón para la próxima fiesta, ya hacia horas de la huida de la desconocida.

—¿Pero no le has preguntado a mi hijo? —insistió el rey molesto—. Él se habrá enterado de todo cuanto necesitamos saber acerca de ella.

—Lo hice, mi señor, pero el príncipe no sabe ni su nombre —declaró el mayordomo encogiéndose de hombros.

—¿No le preguntó ni su nombre? —exclamó el monarca atónito.

—Eso parece.

—Este hijo mío además de miope perdido es rematadamente estúpido —gruñó el rey más irritado por momentos—. Pues quiero saber todo sobre esa muchachita, así que más te vale que

esta vez no se te escape. Habrás de suplir la ineptitud de mi hijo —le ordenó con voz potente justo antes de abrir la boca dejando escapar un tremendo bostezo.

—Lo que mande su Majestad —hubo de responder sumiso el mayordomo con resignación.

Para no variar, le tocaba cargar con culpas ajenas y solucionar los problemas de otros.

Más conforme, el monarca se despidió y se retiró a sus aposentos. Ya era muy tarde para él.

Los jóvenes siguieron a lo suyo sin parar de bailar acompañados tan sólo por los músicos que se estaban ganando con creces la paga; jamás habían trabajado tanto como aquellas dos noches, y el mayordomo que por mandato del fiero monarca debía conseguir pillar a la chica por banda para someterla a un intensivo interrogatorio.

Al llegar el amanecer, Isabella se percató de cuan tarde era. Pronto sería la hora de llevar el desayuno a su familia. El día anterior no pudo hacerlo por haberse quedado dormida y no quería faltar a su autoimpuesta tarea por segunda vez.

Así pues, se despidió apresurada y echó a correr por las escaleras a una velocidad endiablada. Quería evitar la vergüenza de que su querido príncipe descubriera que carecía de carroza.

De nuevo, el chico quiso detener su huida persiguiendo el dorado borrón lleno de ritmo. Mas esta vez no lo hizo solo. El mayordomo, aunque dio alguna que otra cabezadita durante las últimas horas, despertó a tiempo de presenciar la repentina fuga de la jovencita y corrió tras la pareja.

Al ver como la perseguían, Isabella aceleró su carrera y se lanzó por encima del pasamano sin preocuparse de la altura o de si habría algo blando abajo para amortiguar su caída.

Aterrizó sobre la copa de un robusto árbol del jardín y cayó de rama en rama hasta que ya no hubo más ramas con las que chocar. Además, en su abrupto descenso destrozó varios nidos desatando la ira (y no sin razón) de unos cuantos pájaros.

Una vez en tierra, bastante despeinada, con el vestido algo rasgado y unas cuantas magulladuras, se sacudió las hojas, se quitó los zapatos y recogiendo los restos de su falda se dispuso a reemprender la huida mientras soportaba picotazos y reproches. No se veía libre de las iracundas aves hasta dejar atrás los inmensos jardines de palacio, dejando también atrás al príncipe y al mayordomo.

—Muchacho, dime que esta noche le preguntaste su nombre y donde reside —rogó el hombre, tras detener su persecución, con la preocupación gravada en el rostro tratando de recobrar el aliento; ya no tenía edad para perseguir jovencitas.

Ya no se la veía por ningún lado. Por segunda vez parecía hacerse esfumado en el aire.

—No me acordé —reconoció el príncipe y entornó los ojos en un vano intento por detectar entre las sombras de su visión a su dorado lucero.

—Oh, señor, tu padre me va a matar —gimoteó el mayordomo dejando caer los hombros—, y puede que a ti también —añadió.

Suspiró con pesar adivinando la monumental furia que caería sobre ellos en cuanto se enterara.

Y efectivamente, el rey no se mostró precisamente contento al saber de la nueva desaparición de la futura madre de sus nietos. El palacio retumbó con sus furibundos bramidos mientras el mayordomo y el príncipe soportaban con resignación aquella tromba de recriminaciones.

—Quiero tener nietos y pronto, así que hijo mío más te vale que en el próximo y último baile pidas la mano de esa extranjera —ordenó el monarca con rotundidad cuando logró apaciguarse un

poco—. ¡¡¡Y haz el favor de antes de declararte, averiguar quién demonios es!!! —estalló rojo como un tomate, entre grandes aspavientos.

VIII

Cuando Isabella llegó a la mansión, con los pies polvorientos del camino y llenos de dolorosas ampollas, se encontró la vivienda en completo silencio pues aún dormían todos.

Subió de puntillas las escaleras dispuesta a cambiarse de ropa, volver a bajar y ocuparse de los desayunos. Pero cuando se quitó los restos del vestido y los zapatos, que una vez más se esfumaron en una nube dorada, comenzó a bostezar sintiendo los parpados cada vez más pesados.

En realidad, tras la carrera de ida, las horas de baile y la carrerita de vuelta estaba bastante cansada. Y como para no estarlo por mucha energía de la que gozara uno.

—Me echaré un ratito y luego bajaré a preparar los desayunos —musitó.

Se recostó en el lecho y cerró los ojos. Pero de un ratito nada pues se quedó profundamente dormida.

Por segunda vez, los padres de Isabella, sus hermanastras e incluso el gato pudieron dormir a pierna suelta hasta bien tarde y desayunar sin ningún percance.

Cuando no la vieron aparecer ni para el almuerzo, se preguntaron esperanzados si se estaría transformando en una dormilona.

Hasta la tarde la jovencita no despertó y al bajar a la planta principal encontró a Druzilla y Anastasia muy ocupadas con los preparativos para el último baile. También era la última oportunidad de las muchachas, si es que aún quedaba alguna, de lograr enamorar al príncipe y alejarse de los desastres que acompañaban a su hermanastra.

Por segunda vez, intentó compartir con ellas los fantásticos sucesos vividos la noche anterior pero tampoco hubo manera. Sus hermanastras corrieron a esquivarla temerosas de que se ofreciera a ayudarlas. Sin embargo, en esta ocasión, Isabella se lo tomó con resignación y recordando el consejo de su hada madrina, se apresuró a buscar un sirviente libre. Le ordenó ir al mercado a comprar una calabaza, justo antes de ser cogida por banda por su madrastra.

Dispuesta a ejecutar la estratagema que tan buen resultado dio en las anteriores ocasiones, o eso creía ella, arrastró a su hijastra hasta las cocinas. Al poco, la chica volvió a encontrarse sola y tirada en el suelo rodeada de lentejas.

En tanto la familia, engalanados con sus mejores prendas, volvieron a salir de la mansión a hurtadillas. La servidumbre, aprovechando las órdenes de su señora, encantados de poder celebrar su particular fiesta se encaminó hacia el pueblo.

Regresaba el mozo con la calabaza de Isabella cuando se cruzó con sus compañeros y se encontró ante una disyuntiva. La hija del señor le había encargado llevarle la calabaza pero al tiempo, la señora había mandado no acercarse a la muchacha por lo que restaba de noche. Además, estaba deseando irse a la taberna con sus amigos a beber, cantar y bailar pero, ¿qué iba a hacer él con una calabaza? No tenía la menor gana de cargar con ella.

Así pues, corrió hasta la parte trasera de la mansión y dejó la calabaza sobre la hierba, muy cerca de la puerta que comunicaba con la cocina. Tal vez así la encontrara.

Cuando el hada madrina de Isabella volvió a surgir de una nube plateada, recogió la calabaza sonriente.

—Veo que esta vez seguiste mi consejo —saludó al irrumpir en la cocina.

La joven se alegró tanto de ver a su salvadora como a la calabaza que ya daba por perdida. Tantísimo se alegró que, sin pensar en el bienestar de la calabaza, corrió con la fuerza de una estampida hacia ella dispuesta a darle un tremendo abrazo. Por fortuna para la futura carroza, el hada madrina fue más rápida y se convirtió de nuevo en una nube. Isabella abrazó el plateado aire y como llevaba demasiado impulso acabó estrellándose contra el suelo aún cubierto de lentejas.

—Por poco arruinas tu transporte —reprochó la mujer tras regresar a su estado sólido mientras observaba su ridículo aspecto—. Deberías intentar pensar antes de actuar, te evitarías algunos chichones —le aconsejó agitando la cabeza en actitud resignada.

—Lo intentaré —prometió Isabella sonriente.

A pesar del golpe se levantó sin esfuerzo. Estaba más que acostumbrada a sus accidentales caídas y porrazos. Al fin y al cabo, le llevaba pasando toda la vida.

—Bueno, pues a lo nuestro que hoy es tu última noche para lograr un anillo en el dedo y un trono de oro y terciopelo —siguió la mujer con un tonillo burlón.

Tras estas palabras se dispuso a abandonar la cocina, esta vez a pie.

—¿A dónde va? —preguntó la chica extrañada.

—Al jardín, claro —respondió ella sin detenerse—. No querrás que haga aparecer una carroza en mitad de tu cocina. Resultaría algo complejo sacarla luego por la puerta —apuntó con una risilla.

Aquella noche también estaba de buen humor. Posiblemente ayudará el saber que esa noche concluiría su misión y no tendría la obligación de volver a ver a la muchacha.

—¿Pero las lentejas? —inquirió Isabella señalándolas.

La mujer soltó un resoplido y torció el gesto.

—Está bien —cedió.

Y a continuación con un giro de varita las recogió todas, con otro las echó en la cazuela y con un último giro las lentejas quedaron listas.

—No quiero volver a ver una lenteja en mi vida —refunfuñó luego volviendo a encaminarse a una zona amplia y despejada del jardín sin aguardar a la chica.

Ésta la siguió satisfecha y más tranquila. Su familia podría volver a disfrutar del delicioso guiso.

Ya centradas en el tema en cuestión, la mujer depositó la calabaza en el suelo y con unos cuantos movimientos de varita hizo aparecer una nubecilla naranja que devoró la calabaza.

Después, la nube fue haciéndose más y más grande, hasta que al fin se disipó para dejar al descubierto una singular carroza. No parecía otra cosa que una gigantesca calabaza con ruedas.

—No habrá nadie con una carroza como la tuya —aseguró muy ufana.

—Eso es seguro —admitió Isabella. Parpadeó sorprendida, pues esperaba una carroza algo más convencional; más parecida a la de sus padres y sobre todo menos naranja—. No tiene pepitas dentro, ¿verdad? —añadió al pensar que si la pulpa de la calabaza había crecido tanto como el exterior, cuando entrara se pondría perdido el vestido.

—Por supuesto que no, ese sería un fallo de novata —replicó la mujer ofendida lanzándole una mirada de reproche.

Aclarada aquella duda tocaba ocuparse de los caballos y lacayos encargados de atender la carroza. Necesitaría algunos animalillos para transformar.

—Los pájaros —propuso Isabella de inmediato al recordar a las desagradecidas aves que durante la primera noche no quisieron ayudarla; era la oportunidad perfecta de vengarse—, el jardín está lleno de ellos.

Y así, aprobando la sugerencia, el hada hizo unos cuantos pases con su varita. Al momento aparecieron varias palomas, tórtolas y gorriones volando hacia ellas en contra de su voluntad.

—¡¡Esto es un atropello!! —exclamaron indignados justo antes de sufrir la indeseada transformación de convertirse en unos sumisos corceles y unos serviciales lacayos.

Con un nuevo giro de varita Isabella volvió a encontrarse como una deslumbrante princesa. Esta vez, previsoramente, su hada madrina aplicó nuevos retoques a su indumentaria. Así se evitaba las quejas de la chiquilla.

El vestido continuaba siendo de oro y plata pero ahora el conjunto incorporaba una larga capa de seda y brillantes rubíes adornaban el corpiño.

La joven quedó encantadísima con la nueva versión de su vestido. Ahora parecía un lucero dorado, plateado y carmesí. Y con la boca abierta al descubrir los zapatos que ya cubrían sus ansiosos pies. De oro como tanto le gustaban, con la suela de cuero para al menos poder bailar y ahora adornados con pequeños rubíes haciendo filigranas.

Lista, era tiempo de partir y sin más dilación el hada la hizo subir a la carroza que salió despedida al instante. Al menos esa noche podría viajar cómoda en lugar de tener que correr descalza como una gacela, por los casi desiertos caminos. Quienes si lo sintieron fueron los labriegos que regresaban a sus hogares pues volvieron a carecer de una buena iluminación.

Su hada madrina la observó partir despidiéndola con la mano.

—¡Adiós y no hace falta que me invites a tu boda!—exclamó sonriente—. ¡Al fin libre! —suspiró aliviada justo antes de agitar su varita para transformarse en estrella y surcar de nuevo el firmamento.

IX

En palacio el monarca daba vueltas sin parar más inquieto que su propio hijo.

—¿Por qué no ha aparecido aún? ¿Dónde diablos se ha metido esa niña? —gruñía entre dientes por enésima vez.

—No se preocupe, Majestad, seguro que llegará pronto —intentó tranquilizar el mayordomo tratando de ocultar su propio nerviosismo—. En los dos bailes anteriores fue la última invitada en aparecer —apuntó.

—No me digas que no me preocupe, me preocuparé cuanto me de la gana —reprochó el rey empezando a enojarse—. Y deberías ser tú el que se preocupara porque espero que esta noche mi hijo acabe comprometido y mañana mismo poder disponerlo todo para una rápida boda. Quiero unos nietos lo más pronto posible y espero que tú te ocupes de conseguirlo —lo amenazó.

El mayordomo se puso blanco como el papel y sintió la garganta tan seca que al intentar hablar no salió palabra.

Justo en ese momento Isabella hizo acto de presencia.

Todas las cabezas se volvieron hacia ella cegados por el resplandor de oro, plata y rubíes.

—¡Al fin! —exclamó aliviado el rey—. ¿A qué esperas? Ve a por ella y al menos averigüemos su nombre antes de que el sacerdote officie la boda —volvió a espolear a su servidor propinándole un fuerte codazo.

—Sí, Majestad —logró proferir el mayordomo antes de echar a correr tras la jovencita.

Sin embargo, el príncipe fue mucho más rápido y como las otras dos veces, se lanzó hacia aquel maravilloso borrón de luz. A tientas tomó su mano y la arrastró a la pista de baile.

—¿No te dije que la interrogaras? —reprochó de nuevo el monarca cuando el mayordomo, tras fracasar, regresó a su lado.

—Es que el príncipe... —intentó justificarse mientras tomaba aire.

Había corrido lo suyo, mucho menos que el chico pero mucho más de lo debido para alguien de su edad.

—Excusas, excusas, no quiero oír más excusas —cortó su señor conteniendo la rabia a duras penas. Deseaba gritar a pleno pulmón y así descargar su furia libremente pero estaban rodeados de invitados y debía, al menos, esforzarse por disimular—. Te lo repito, quiero ver a mi hijo casado. De modo que esa jovencita no debe salir de aquí sin un anillo en el dedo y sin que sepa quién es y dónde vive. O mejor aún, que no salga de aquí. Hay habitaciones de sobra y de ese modo me aseguraré de que se celebra la boda—dijo lanzándole una penetrante mirada—. Y recuerda también que si vuelve a esfumarse será a ti a quien culpe y no querrás saber cuál será el castigo que te imponga —amenazó bajando el tono de voz de un modo realmente inquietante.

Un escalofrío recorrió al mayordomo de pies a cabeza.

—Sí, Majestad —respondió con un hilo de voz, tembloroso y aún más pálido si es que eso era posible.

—Bien...

Y así, el monarca volviendo a bostezar y harto de tanto jolgorio se retiró a descansar deseoso de soñar con sus futuros nietecitos.

El mayordomo, por su parte, suspiró sin quitar ojo a la pareja. Por tercera vez, danzaban como locos ignorantes de todo y de todos.

Como él, los demás invitados contemplaban también el baile. Los adultos con un creciente hastío y las muchachas más desmoralizadas que nunca. Ahora sí que se hacían añicos todas sus ilusiones. Definitivamente ninguna de ellas lograría convertirse en princesa. Por ello, al poco, todas regresaron a sus hogares junto a sus familiares.

La familia de Isabella también partió y el trayecto de vuelta a la mansión estuvo repleto de lágrimas. Druzilla y Anastasia se hallaban terriblemente desoladas. Habrían de seguir junto a su desastrosa hermanastra y... ¿quién podía predecir cuantas calamidades las aguardaban?

Cuando llegaron a la vivienda dieron por sentado, como las dos veces anteriores, que la chica dormía en su alcoba desde hacía horas.

El palacio pronto quedó vacío de invitados. Tan sólo estaban la bailona pareja, los extenuados músicos y el preocupado mayordomo que se esforzaba por hallar un plan infalible para evitar una nueva fuga de la luminiscente extranjera.

Al rato, abandonó el salón para regresar tiempo después con mejor color en el rostro, dispuesto a sentarse y aguardar con paciencia que los vigorosos jóvenes detuvieran su baile.

Por tercera vez, al llegar el amanecer Isabella se percató de cuan tarde era. Pronto sería la hora de desayunar. Ya había faltado a su costumbre de prepararlo y servirlo a su familia por dos veces y no estaba dispuesta a faltar de nuevo a su autoimpuesta tarea.

Con lo cual, olvidándose de conseguir una promesa de matrimonio y el anillo de prometida, se despidió presurosa de su querido príncipe y echó a correr.

De nuevo, el chico intentó detener su fuga persiguiendo a su resplandeciente borrón y tras él salió el mayordomo, pero en esta ocasión se lo tomó con más calma.

Sin perder tiempo, la jovencita bajó con presteza por la escalera que conducía al exterior cuando sus zapatos quedaron adheridos a una sustancia pegajosa que cubría parte de la superficie. El mayordomo había ordenado untar pegamento y el plan para frustrar su huida parecía surtir efecto.

Pero Isabella con su habitual obstinación y determinación, no estaba dispuesta a que nada le impidiera volver a su casa. Se descalzó en un instante y puso los pies en un escalón sin pegamento. Los sirvientes encargados de la tarea no se preocuparon de llevarla a cabo demasiado bien. Era tarde y estaban cansados. Además, aquel encargo les pareció una locura. Si untaban toda la escalera de pegamento, ¿cómo podría pasar alguien por ella sin quedarse pegado?

Ya estaba libre, mas no se iría sin sus maravillosos zapatos de oro adornados con rubíes y se puso a tirar de ellos con fuerza decidida a sacarlos del pegamento. Con unos cuantos tirones logró recuperar el derecho. Entonces, al ver como la iban a alcanzar, hubo de saltar el pasamano dejando atrás su zapato izquierdo.

Y como en anteriores ocasiones no se preocupó de la distancia o de si habría algo bajo ella para amortiguar su caída.

Al final se estrelló contra su propia carroza, destrozó el techo y aterrizó bastante ilesa en su interior. De inmediato la calabaza convertida en carruaje y tirada por pájaros convertidos (en contra de su voluntad) en corceles, salió despedida como un bólido de vuelta a la mansión.

—Muchacho, supongo que esta noche tampoco le preguntaste su nombre y dónde reside — temió el mayordomo imaginando la respuesta.

—Se me olvidó —confesó el príncipe—, otra vez —apostilló y lamentó volver a perder a la luz de su vida, literalmente.

—Ahora sí que vuestro padre me va a matar —gimoteó el mayordomo como una plañidera— y lo hará de un modo muy doloroso, estoy seguro —añadió lívido.

Le corría un sudor frío por la frente mientras veía alejarse la gigante calabaza con ruedas. Deseaba poder huir como aquella extraña desconocida. Pero sabía cuan inútil sería; no existía refugio capaz de librarle de la furia de su señor.

Cuando la carroza se detuvo en el jardín de la mansión y la jovencita descendió, de inmediato se volvió a transformar en una calabaza; ahora hecha pedazos. Los corceles y lacayos igualmente se convirtieron en lo que eran antes y las aves se alejaron aleteando entre insultantes graznidos advirtiéndola de que no volviera a acercarse a ellos o le sacarían los ojos a picotazos.

—Lo teníais merecido —farfulló Isabella de camino a la puerta ignorando a los brabucones pájaros.

La familia aún dormía y en la casa estaba todo en completo silencio. Ascendió las escaleras con un pie calzado en oro y el otro desnudo hasta llegar a su alcoba.

Allí se quitó su vestido de oro, plata y rubíes que al instante desapareció en una nube. Sin embargo, el zapato de oro no se esfumó con él como las anteriores veces.

—Tal vez no puedan volver con mi hada madrina hasta estar los dos juntitos —murmuró entre bostezos y se echó sobre la cama aún con el zapato de oro puesto—. Creo que dormiré un ratito antes de bajar a preparar los desayunos —añadió justo antes de cerrar los ojos.

Pero, como era de suponer, quedó profundamente dormida. A pesar de su desbordante energía y de no tener que correr hasta palacio de vuelta a casa, había bailado como una loca y llevaba tres noches de mucho ajeteo.

Así pues por tercera vez, sus padres, hermanastras y hasta el minino Lucifer, pudieron dormir hasta tarde y desayunar a una hora decente sin percances.

Mientras la mansión era un remanso de paz el palacio era todo lo contrario.

El suelo temblaba, las columnas se agitaban y el techo parecía a punto de desplomarse. Era como si el infierno se hubiera desatado en el interior del grandioso edificio. Y justamente eso sentía el mayordomo real; que el infierno estaba ante él dispuesto a devorarlo.

—¿Qué ha vuelto a escapar?! —tronó el Rey y todas las piedras de la sala volvieron a temblar.

—Bueno, sí —hubo de confesar el mayordomo con un asustado hilo de voz.

Entonces, de improviso, el rostro de su señor enrojeció hasta parecer el mismo diablo y se lanzó a su cuello dispuesto a estrangularle.

—Te dije que no la dejaras ir, ahora no tendré nietecitos por tu ineptitud —gruñía iracundo sin soltar el cuello de su acompañante.

Su rostro empezaba a cambiar del rojo al morado.

Idéntico tono adquiriría la piel de su víctima según le llegaba menos oxígeno al cerebro.

—Pero podemos... encontrarla... con esto —logró decir con notable esfuerzo, casi sin voz, sacó de un bolsillo el zapato de oro de Isabella.

La furia del monarca se apaciguó un poco ante aquella nueva información. Su piel comenzó a recobrar su tono natural e instantes después liberó al mayordomo.

—¿Cómo se supone que la vas a encontrar con un zapato? —gruñó desconfiado enarcando una

ceja.

Su servidor tomó varias profundas bocanadas de aire antes de conseguir reponerse de la asfixia y del tremendo susto.

—Como verá es un zapato diminuto, incluso para una mujer —le hizo notar una vez recuperó la compostura—. Sin duda a la que le venga bien será la joven del baile —afirmó.

Trató de parecer lo más seguro posible. Esa era su ultimísima oportunidad de salvar el pellejo.

—Continua —incitó el rey y la suspicacia se alejaba por momentos de su cara.

—Pues... —titubeó el mayordomo antes de proseguir—, podemos visitar todas las casas nobles del reino y probar el zapato a las doncellas hasta encontrar a la novia del príncipe —concluyó de nuevo temeroso.

Si no le gustaba su propuesta las fuertes manos del monarca regresarían a su cuello.

Hubo un interminable silencio o eso le pareció al hombre. Notaba las gotas de sudor correr por su frente.

—¡Me gusta el plan! —exclamó el rey finalmente propinándole ahora una palmada en la espalda—. Así que adelante, ya puedes empezar —incitó—. Quiero a esa chiquilla aquí antes de la caída del sol o ya sabes lo que te aguarda —advirtió lanzándole una mirada relampagueante.

—Sí, Majestad —respondió el mayordomo, tragó saliva con dificultad y luego echó a correr como alma que lleva el diablo.

El príncipe, a pesar de su vista de topo, insistió en acompañar al mayordomo real en su misión de búsqueda pues ansiaba volver a contemplar a su querido lucero dorado.

Así pues, sin tiempo que perder intentando convencer al chico de quedarse en palacio y rogando porque su profunda miopía no provocara ningún bochornoso incidente en las casas a visitar, subieron a un carruaje llevando el zapato de oro adornado con rubíes sobre un cojín de terciopelo.

X

Al llegar la hora del almuerzo, por tercera vez Isabella no hizo acto de presencia. Sin embargo, en esta ocasión nadie se acordó de ella.

Las hermanastras continuaban muy abatidas inmersas en sus pensamientos donde sólo había espacio para su propia desgracia. Entre lágrimas tragaban las lentejas sin disfrutarlas. Sus padres las contemplaban en silencioso pesar lamentándolo mucho por ellas.

De pronto, llamaron a la puerta de un modo terriblemente escandaloso.

La familia dio un bote en sus asientos sobresaltados y una sirvienta corrió a la puerta principal.

Indescriptible fue la alegría de Anastasia y Druzilla al ver al príncipe en su propia casa. El mayordomo también estaba, pero las muchachas sólo tenían ojos para el heredero y casi dieron saltos de alegría al conocer el motivo de su inesperada visita.

Los dos hombres llevaban horas yendo de mansión en mansión, probando el pequeño zapato de oro sin éxito.

—A la que le venga bien este zapato se convertirá en mi esposa —declaró el príncipe tras la explicación del mayordomo real.

Hablaba a una de las paredes del comedor convencido de dirigirse a los habitantes de la casa.

—No es momento de bromas —corrió a decir su acompañante con una risilla nerviosa tirando de él hasta colocarle frente a la familia—. A veces es incorregible —añadió con un suspiro nervioso.

El muchacho llevaba toda la mañana igual, soltando la misma frasecita a todas las paredes con las que se encontraba o estrellaba.

Sin perder más tiempo Druzilla, acompañada por la madre, entró con el zapato de oro a su alcoba para probarse.

Pero para su desgracia, no se lo pudo meter. Sus dedos eran demasiado largos para aquel zapato tan pequeño. Al verlo, la jovencita volvió a llorar a mares. Se le acababa de presentar una cuarta oportunidad para escapar de la fuerza destructora llamada Isabella y la había vuelto a perder.

Entonces, incapaz de soportar la pena de su hija, la madre corrió sin ser vista a la cocina y al regresar le tendió un cuchillo diciéndole:

—Córtate los dedos y así te servirá.

Druzilla la contempló atónita.

—¿No es un poco drástico? —preguntó asustada.

—Puedes elegir entre vivir en palacio como esposa del príncipe sin dedos en un pie o permanecer aquí junto a tu hermanastra con todos tus dedos intactos —respondió la madre—. Tú eliges, hija mía —concluyó.

—Dámelo —dijo al instante ella con absoluta decisión.

Ante tal disyuntiva sus dudas se esfumaron por completo.

Se cortó los dedos del pie. Su progenitora destrozó unas enaguas y la vendó lo mejor posible para que no se notara al calzarse el zapato.

Druzilla ocultó su dolor y con el apoyo de su madre, regresó a reunirse con los demás.

El mayordomo quedó encantado al verla con el zapato de oro puesto y dejó escapar un enorme suspiro de alivio. Al fin tenían a la futura madre de los nietos de su señor. En consecuencia, su cuello ya estaba a salvo.

No se percató de la diferencia de aspecto entre Isabella y Druzilla pues con el fulgurante brillo de su vestido, nadie pudo distinguir bien sus rasgos durante los festejos. Además, aunque su vista no fuera tan deficiente como la del heredero de la corona ya no era como antaño.

El joven, por su parte, se llevó un poco de desilusión cuando el mayordomo le susurró el hallazgo de su novia pues él esperaba ver aparecer a su dorado borrón.

Aún así, se despidieron de los demás y la subieron rápidamente al carruaje dispuestos a regresar a palacio y comenzar los preparativos de la boda.

La familia les despidió llenos de alegría pero les duro poco, tanto a ellos como a Druzilla.

—¿Os encontráis bien? —se interesó el mayordomo a los pocos minutos de iniciar el viaje—. Os veis muy pálida —señaló un tanto preocupado.

—Me siento un poco mareada —musitó ella a punto de perder la consciencia.

Y entonces el hombre reparó en el charco de sangre que empezaba a extenderse por el suelo del carruaje. Sin comprender qué pasaba, se agachó y le quitó el zapato del pie descubriendo el vendaje ensangrentado.

—¡Por Dios, nos ha engañado! —exclamó alarmado.

Sin dilación, regresaron a la mansión y devolvieron a la jovencita a sus padres. Druzilla, blanca como la cera, perdiendo sangre y suplicando delirante que no la devolvieran, fue llevada a su alcoba y de inmediato se llamó a un médico.

Mientras era atendida, hasta encontrarse fuera de peligro, su padrastro se deshacía en disculpas para lograr convencer al mayordomo de que diera una oportunidad a Anastasia. Ella no tenía culpa de nada.

Como el hombre no podía permitirse perder ni una sola ocasión de hallar a la doncella adecuada aceptó y Anastasia, acompañada por su madre, se retiró a su dormitorio para probarse el zapato de oro adornado con rubíes, previamente eliminada la sangre de su hermana.

El zapato le entró bien por delante pero el talón era demasiado grueso. Al verlo Anastasia, como Druzilla, rompió a llorar. Se le acababa de presentar una excepcional oportunidad para escapar de la fuerza destructora llamada Isabella, al tiempo que de salvar a su hermana, la cual a partir de ese momento habría de vivir con cinco dedos menos en los pies, y acababa de perderla.

Entonces, la madre que aún tenía consigo el cuchillo oculto entre los pliegues del vestido, se lo tendió diciéndole:

—Córtate el talón y así te servirá.

Anastasia la contempló asustada.

—Pero a mi hermana no le sirvió ese truco —observó pálida sin gustarle ni pizca la idea de auto-mutilarse.

—Puedes elegir entre vivir en palacio como esposa del príncipe sin talón en un pie o permanecer aquí junto a tu hermanastra con tus talones intactos —le indicó su madre—. Tú eliges, hija mía —concluyó.

—Dámelo —dijo al instante la chica con absoluta decisión.

Ante tal disyuntiva sus dudas se esfumaron por completo.

—Esta vez tendré más cuidado al vendarte y así nadie lo descubrirá —aseguró su progenitora. Con lo cual, la escena se repitió. Anastasia se cortó el talón y la madre se lo vendó a

conciencia para luego calzarse el zapato de oro.

Después, ayudada por su progenitora, regresaron junto a los caballeros.

El mayordomo quedó algo sorprendido al verla aparecer con el zapato de oro puesto. Por un momento pensó desconfiado en la casualidad de que una hermana les intentara engañar y ahora a la otra le sirviera. Así pues, para cerciorarse de no ser víctima de un nuevo engaño se acercó más y observó su pie calzado en busca de algún rastro de sangre en la puntera. Miraba tan fijamente el zapato que se le escapó la expresión contraída de Anastasia por el dolor.

Al cabo de unos momentos, el hombre dejó escapar un enorme suspiro de alivio al no ver nada extraño. Esta vez sí habían dado con la futura madre de los nietos de su señor y su cuello ya estaba a salvo.

Se despidieron de los demás y la subieron al carruaje dispuestos a regresar a palacio para comenzar de inmediato los preparativos de la boda.

El matrimonio les despidió llenos de alegría pero como la vez anterior les duro poco, tanto a ellos como a Anastasia.

Al cabo de un trecho de viaje el mayordomo observó como palidecía, tanto como antes su hermana. Alarmado y temiéndose lo peor miró al suelo del carruaje, donde se confirmaron sus temores.

—¡Oh, señor, nos han vuelto a engañar! —exclamó desesperado al ver una mancha de sangre rodeando el pie de Anastasia.

Raudos como el viento regresaron a la mansión y devolvieron a la muchacha a sus padres. Anastasia, aún más blanca que el papel, perdiendo sangre y suplicando delirante que no la devolvieran, fue llevada a su alcoba y atendida de inmediato por el médico que por ventura seguía allí.

Mientras era atendida hasta encontrarse fuera de peligro, su padrastro se deshacía en disculpas profundamente avergonzado aunque en realidad, no tenía culpa de nada pues no tuvo que ver en el plan de su esposa. Aún así era el cabeza de familia y a él correspondía calmar la indignación del mayordomo real.

Éste era un hombre sosegado y comprensivo pero aquello ya se pasaba de castaño oscuro y a pesar de no ser propio de él, profirió algún que otro grito aunque nada comparable a los furibundos berridos del monarca.

Entretanto, Isabella despertó. Todavía en ropa interior y con el zapato de oro puesto en el pie izquierdo abandonó su alcoba frotándose los ojos entre estiramientos y bostezos. No se había enterado de nada de cuanto había sucedido en la casa durante las últimas horas.

Al descender por la escalera con sus briosas zancadas, el zapato de oro se le escapó del pie y salió volando por los aires hasta estrellarse justo en la cabeza del príncipe. Recibió tal mamporro que a punto estuvo de desplomarse.

Sin que el mayordomo advirtiera el incidente, pues seguía ocupado en sus recriminaciones al padre de Isabella, el chico recogió la brillante cosa que le acababa de provocar un buen dolor de cabeza y un incipiente chichón.

—El zapato de oro —murmuró palpando el objeto y reconociendo la forma—. Mayordomo, ¿por qué me habéis tirado a la cabeza el zapato de mi futura novia? —preguntó desconcertado.

—¡Yo no he sido! —respondió de inmediato el hombre ante la repentina acusación olvidando por completo su enfado—. Tengo el zapato aquí —indicó y entonces, al girarse hacia el joven, se quedó estupefacto.

Él tenía el zapato de oro adornado con rubíes en la mano pero el príncipe también tenía otro

zapato idéntico. Sólo podía existir una explicación a este hecho.

—¡Buenos días, papá! —clamó justo en ese momento Isabella llegando al final de la escalera —. ¡Mi zapato! —exclamó después sorprendida al ver uno de sus zapatos en manos del príncipe.

Ni se paró a pensar que hacia el muchacho en su casa; Isabella era así.

—¿Sois la dueña de ese zapato? —interrogó el mayordomo mientras se aproximaba a la recién llegada.

—Bueno, mi hada madrina me prestó dos preciosos zapatos de oro pero perdí uno en palacio —explicó con ingenuidad.

—¿Sería éste por casualidad? —volvió a interrogar el hombre mostrando la pareja.

—¡Oh, sí, éste! —gritó henchida de júbilo.

Con ímpetu, tomó cada zapato de las manos del príncipe y el mayordomo y se los calzó encantada de volver a ponérselos.

Ante los tres hombres se puso a dar vueltas como si bailara tan contenta e instantes después cogió la mano del chico y lo arrastró a unirse a su baile sin música en mitad del comedor.

—Es ella, al fin es ella —dijeron al unísono el príncipe y el mayordomo al reconocerla.

El padre de Isabella presenciaba atónito la extravagante escena. Aquel día estaba resultando de lo más increíble.

Con la boca abierta se quedó cuando le comunicaron que su hija se desposaría de inmediato con el heredero, convirtiéndose en la princesa del reino. Y sin palabras cuando el mayordomo sacó a rastras a la pareja, sin siquiera dejar a la chica ponerse algo encima, para meterlos en el carruaje y alejarse veloces rumbo a palacio.

De piedra se quedaron la madrastra y hermanastras de Isabella cuando el caballero les relató lo sucedido en su ausencia. No obstante, tras recuperarse de la impresión, toda la familia se alegró enormemente. De un modo que nunca hubieran previsto, los ocupantes de la mansión habían logrado la siempre tan anhelada paz y tranquilidad.

Aunque lo sintieron un poco por el rey y su hijo imaginando que no tenían ni idea de lo que les aguardaba en compañía de la dulce, voluntariosa y desastrosa muchacha.

Por otra parte, el rey se alegró muchísimo cuando le presentaron a la novia y el mayordomo, además de ganarse la tarea de organizar la boda antes de tres días, obtuvo una medalla y un nuevo título nobiliario. También, y esto era lo más importante para él, consiguió mantener su cuello lejos de las fuertes manos de su señor. Al menos hasta que éste la tomara con él por alguna otra razón.

Los padres de Isabella y sus hermanastras, ya más repuestas pero cojeando, asistieron a los esponsales junto con los otros muchos invitados. Incluso Lucifer andaba por allí pues la joven mandó llevarlo a palacio; no quería separarse de su querido minino.

Si hubieran preguntado a Lucifer si deseaba irse a vivir con ella y hubiese podido hablar, se habría negado rotundamente pero por desgracia para él no le dieron opción. Así pues, sólo le quedaba pasar el resto de su vida procurando ocultarse en los inmensos jardines de palacio.

Tras la ceremonia, era tradición tirar arroz a los novios pero la pareja tuvo la genial idea de sorprender a sus invitados tirándoles ellos el arroz. Así, antes de que los invitados pudieran lanzar el suyo, los nuevos príncipes con gran energía les bombardearon con arroz.

A todos les sorprendió, vaya si les sorprendió. A la mitad de los invitados les entró arroz en los ojos y comenzaron a gritar frotándose los ojos mientras chocaban contra los demás

asistentes.

Pero eso no fue nada comparado con lo que vino a continuación.

Las aves residentes en los jardines sabían de la celebración de la boda y que en todas las bodas hay arroz de por medio. Eso significaba un delicioso banquete para ellas.

Con lo cual en cuanto vieron volar el arroz, se lanzaron a por él picoteando sin piedad a los invitados mientras éstos intentaban librarse de ellos con desesperados manotazos. Todos gritaban, se chocaban los unos contra los otros y trataban de huir de las aves que no dejaban de atacar entre graznidos. En general la escena era increíblemente caótica.

A pesar del ruidoso caos desatado, la pareja reía encantada como si nada. El príncipe, tan miope como siempre, no tenía idea de cuanto sucedía ante sus narices e Isabella, inmersa en su propio mundo, sólo veía lo que le interesaba.

Entonces, llegó el momento de cumplir la otra típica tradición nupcial; lanzar el ramo de la novia.

Isabella le imprimió tal fuerza que voló muy lejos de la desesperada maraña de personas y aves para caer justo sobre la cabeza de Lucifer que dormía entre la hierba ignorante de cuanto acontecía.

Sintió un tremendo golpe y despertó sobresaltado llevándose un susto de muerte. Después, instintivamente, salió despedido surcando el cielo a pesar de carecer de alas y una vez más como si el destino, los dioses y el mismo universo se hubieran confabulado para unir del modo más doloroso imaginable los destinos de Lucifer y Druzilla, aterrizó en su cara agarrándose a ella con uñas y dientes.

—¡Otra vez no! —chilló la pobre muchacha enloquecida, que ya llevaba rato siendo atacada por los hambrientos pájaros, forcejeando por liberarse entre lloros y saltos a la pata coja de aquella cosa peluda y negra pegada como una lapa.

Anastasia, al reconocer la llamada de su hermana entre todo el griterío, también a la pata coja y luchando por alejar a las aves fue en su auxilio.

—¿Pero qué he hecho? —se preguntó el rey al contemplar incrédulo el rocambolesco espectáculo desde su puesto de honor; por fortuna para él, lejos de los invitados—. ¿Qué clase de nietos voy a tener con semejantes padres? —palideció aterrado.

Acababa de comprender cuan prudente ha de ser uno al desea algo, pues podría realizarse.

Fin